

La Ilustración Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 20 DE SEPTIEMBRE DE 1915

Núm. 1.760

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE BELLAS ARTES DE MILÁN



PALABRAS DE AMOR, cuadro de J. Andreotti. (De fotografía de Hugo Zuecca.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La prueba*, por Francisco Iribarne. — *La guerra europea*. — *El Escorial. Traslado de los restos de la princesa Mercedes*. — *El cardenal Serafín Vannutelli*. — *Eduardo Dalbón*. — *La bandera del somatén*. — *Mi tío Florencio* (novela ilustrada; continuación). — *Milán. El monasterio de San Ambrosio ad Nemos, el más antiguo de los monasterios cristianos*. — *Melilla. La aviación militar*. — **Libros.** — **Grabados.** — *Palabras de amor*, cuadro de J. Andreotti. — Dibujo de Opisso, que ilustra el cuento *La prueba*. — *La del abanico de nácar*, cuadro de Galofre Oller. — *Pensando en el ausente*, cuadro de Roberto Burns. — *La coqueta sorprendida*, cuadros del pintor mexicano Pablo Barbieri. — *En la canoa*, cuadro de José Nittis. — *La guerra europea* (diez fotografías). — *El Escorial. Traslado de los restos de la princesa Mercedes*. — *El cardenal Serafín Vannutelli*. — *El ilustre pintor italiano Eduardo Dalbón*. — *Masnou. El capitán general de esta región Sr. Villar y Villate haciendo entrega al somatén de la bandera regalada por los condes de Laverna*. — *Milán. El monasterio de San Ambrosio ad Nemos, el más antiguo de los monasterios cristianos*. — *Melilla. La aviación militar*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

«Alegrarnos nos manda el gran preboste, hoy a las doce en punto...»

El verso, ya proverbial para expresar la tiranía reglamentadora, acude a mi pensamiento cuando leo las órdenes y los consejos que los Gobiernos de las naciones en guerra promulgan y dan al país.

No mandan que la gente se alegre, pero sí otra cosa igualmente peliaguda: que no se entristezca.

En Alemania parece que se ha prohibido llevar luto arriba de tres meses, sea por quien sea, padre, marido, hermano.

El luto tiende una sombra, deprime, resta energía y valor a la población, que ha menester de todo su ánimo para afrontar tribulaciones como las presentes.

Y algo hay de cierto en estos efectos morales de luto universal.

Yo vi a París poco después de la *débâcle* de Metz y Sedán y el horror de la Commune.

Eran contadísimas las mujeres sin luto; tan contadas, que llamábamos la atención en la calle las vestidas de color, aun cuando, como me sucedía a mí, el color fuese obscuro, y la hechura corriente, según conviene a una viajera.

El Káiser por lo visto no quiere que Alemania se encoja de espíritu ante los negros.

Y, como otro gran Preboste, veda los paños funerarios.

* *

Tal vez de esta guerra, de la cual van a salir tantas novedades, salga una más: la reducción del tiempo reglamentario del luto.

Todo el mundo conviene en que se llevan los lutos demasiado largos; que hay tendencia a la exageración en esta costumbre.

Además, la moda se ha mezclado en ello, y ha impuesto una multitud de detalles, no sólo caros, sino complicados y arduos.

El calzado, los guantes, han de ser de antílope, o al menos de lo que así se llama.

Ya no vale la antigua cabritilla lustrosa.

Nada que reluzca es compatible con el luto.

Todo mate, todo apagado, todo carbón.

Las joyas, cadenas, dijes y brincos, de pasta o de madera comprimida; las telas, sordas y lisas; un océano de crespón inglés; todo lo cual cuesta mucho bajo apariencias de modestia, y es frágil, y se aja en seguida.

Nada del vestuario anterior es aprovechable: los abrigos han de ser de paño deslustrado; las pieles, de astracán, pues ninguna otra es admitida en la rubrica del luto riguroso.

He aquí por qué muchos creen que el luto, racionalmente, debiera reducirse a un lazo en un hombre, a una gasa, a un signo convencional, que expresase la misma idea: «He sufrido una desgracia, y rindo un tributo de respeto a la memoria de una persona querida.»

* *

No se limita el Káiser a perseguir el exceso del luto.

Acaba su Gobierno — si hemos de creer lo que la prensa repite — de aconsejar (claro es que no mandarán a la cárcel a las contraventoras), que las mujeres no sigan la moda de las faldas de vuelo, que ahora vuelven, después de largo período de funda de paraguas.

La cuenta es fácil de echar: en una falda ancha

entra un 25 por 100 más de género que en una estrecha.

Y acaso fuera más exacto un 35 por 100.

En los momentos actuales, no hay economías pequeñas.

Esa tela malgastada representa días de pan.

En Alemania, por lo visto, nada se desperdicia.

Aprovechan hasta los balcones y terrazas para cultivar hortalizas.

En vez de geranios, perejil.

No mordan las patatas sino después de cocidas, porque al mondar, el 5 ó el 10 por 100 de pulpa comestible se queda en el cuchillo.

Aquel «tanto por ciento» que satirizó y condenó uno de nuestros dramaturgos, de los del tiempo rancio en que el dinero semejava cosa desdeñable (lo cual, dicho sea entre paréntesis, no ha sido verdad ni entonces ni nunca); aquel tanto por ciento, digo, constituye la preocupación heroica de la hora presente, tan grave y decisiva.

Se ayuda a los que combaten, por medio del ahorro.

Se ahorra para vencer.

* *

Y claro es que no son sólo los alemanes los que echan sus cuentecitas y tiran de la cuerda.

Los ingleses hacen exactamente lo mismo.

Según noticias, acaban de publicar unos folletos con instrucciones al menudeo, para que los ciudadanos aprendan sus deberes en el trance crítico.

Lo primero que recomienda el Gobierno inglés, es que nadie construya ahora casas.

En efecto, la preocupación de construir es demasiado imperiosa para que deje lugar a otras, y en estos momentos hay que pensar, ante todo, en lo que está pasando, en cómo salir del atolladero.

Además, no habrá muchos obreros disponibles para la construcción, porque estarán alistados, en su mayoría, y los que no lo hayan hecho, con las sufragistas se las entenderán.

Capaces son de ponerles enaguas, anchas o estrechas.

También encarga el Gobierno británico que el que se mude, lo haga a un piso de igual o menor precio que el que deje; nunca a uno más caro.

No deja de tener su filosofía el encargo.

Raro es que, al mudarse, no se aumente el renglón del alquiler.

Las nueve décimas partes de los que se mudan, lo hacen por encontrarse estrechos en el domicilio, y querer mayor holgura y comodidad.

Insensiblemente, los gastos antes crecen que disminuyen.

Y esto es lo que el «gran Preboste» inglés quiere evitar.

Sus instrucciones son realmente dignas de la mejor ama de casa, y llenas de buen sentido.

Persiguen esos dispendios enteramente caprichosos, canalillos por los cuales se sume y pierde el capital sin que ni aun quepa decir que se nota la mengua.

* *

Hoy parecen necesidades muchas que no lo son, y de las cuales, sin embargo, no se prescinde.

Si se pudiese calcular lo que representan al año, al quinquenio, al decenio, ciertos caprichillos satisfechos con frecuencia, se quedaría asustado de la cifra que arrojaría el conjunto.

Se me dirá que así se fomenta la industria, y que nadie se arruina por gastar en bombones y en guindas al ron un par de pesetas diarias o poco menos. Un par de pesetas diarias, son treinta libras esterlinas al año.

Lo formulo en libras, para que resulte más británica la cosa.

¡Con tanto motivo aconseja el Gobierno de Londres que no se consuman tantas golosinas, tantos bomboncitos!

Esta es la era triunfante de las humildes amas de casa, de las que, con vigilancia incesante y desdeñando burlas, vienen consagrándose a «defender la peseta» en el gasto diario.

A ellas no las cogerá de susto el que una peseta malgastada cada veinticuatro horas suponga quince libras anuales, suma que trabajosamente se reúne. ¡Váyaless con esto a la mayoría de nuestros compatriotas!

La importancia de ahorrar una peseta, la reconocen pocos.

Es gallardo, es caballeresco, es consuetudinario decir que «no va a ninguna parte» una peseta.

Va a quince libras anuales.

El Gobierno inglés, en la nación donde la vida es

más cara, donde el lujo tiene verdaderamente su solar, disfrazado con el hipócrita nombre de «confort», se dedica ahora a combatir la tendencia a ese «confort» que existe en el inglés de todas las esferas, y a recomendar la sobriedad esparciata.

Entre otras cosas, suprimanse las flores...

¡Cuánto se gasta en flores!

Hoy, hasta en los países atrasados, en los pueblos escondidos, la flor es un artículo de consumo.

Los que venimos siendo aficionados a la flor desde mucho atrás, nos admiramos de lo que talafición ha cundido.

En España, Andalucía y Valencia cultivaron siempre claveles y rosas, mosquetas, malvas y balsaminas; pero hoy es otra flor la que prevalece; la flor fina y cara, las plantas de salón, los raros follajes; y veis a personas de clase social humilde, a obreros, a costureras (hasta a un mendigo llegué a ver), con rosas en la mano, recreándose en ellas.

Signo cierto de civilización, porque la flor, si no purifica el alma, la alegra y reconcilia con la naturaleza, y la predispone a la bondad.

Pero no está la Magdalena para ramilletes...

Tampoco está para viajes inútiles.

El excursionismo, invención inglesa si las hay, tiene que comprimirse.

Pocos viajes en automóvil, que se derrocha gasolina.

Y, dentro de casa, ¡también cuidado!

En vez de criados varones, hagan el servicio las *maids*, las mozas limpias, vestidas de percal claro, que sonrían agradablemente al presentar las *roties* del te...

Y ahora que me acuerdo, ¡también en el te ha puesto el Gobierno la veda!

Se bebe demasiado te en el reino Unido.

Otra superfluidad, que conviene recortar.

Y cuanto menos luz y menos carbón se gaste, mejor.

Respecto a la ropa sucia, como dijo no recuerdo si Tayllerand, debe lavarse en casa, no por recato, sino por economía, y asimismo plancharse a domicilio.

El caso es ahorrar los chelines de la lavandera y de la planchadora, que son un pico regular.

* *

Vamos a la *toilette*...

Todos los Gobiernos conformes.

Lo mismo ingleses que alemanes y franceses, encargan muy encarecidamente que se reduzca a su mínima expresión, a lo que piden el decoro y hasta el agrado, pero quitando toda superfluidad extravagante e inútil.

Es cierto que con la *toilette* logró Francia, no sólo ingresos de muchos millones, sino su parte de influencia en el mundo, pudiendo corresponder la otra parte a la literatura, al teatro, y también, ¿quién habrá de negarlo? a la ciencia.

Y sin embargo, hoy Francia da la señal de suprimir perifollos y trapetes.

La reflexión que me sugiere este caso, es, naturalmente, referente a nosotros mismos.

El español es muy capaz de privarse de cualquier cosa, a cualquier hora, si se le pone en el moño.

Por lo mismo que el *confort* es aquí palabra nueva, y la idea que expresa más nueva aún, y que el español no es un refinado, un gozador de sensaciones delicadas y exquisitas, sino un estoico, un sufridor, como se ha podido observar en las luchas y fatigas de todo género que ha soportado la raza, sin esfuerzo renuncia a mil comodidades de la vida, a gustos y deleites.

Pero, ¡ah! Está el intríngulis en que los españoles son muy bien mandados...

¡Vaya!

Basta que se les ordene que hagan una cosa de un modo para que la hagan al revés, o no la hagan en absoluto.

Habría que oírlos, si les mandasen fumar menos, no copenar, no bailar chotis.

— ¡Andá con el Gobierno! ¡Que vaya a fastidiar a su padre! ¡A mí, ni el Gobierno, ni San Gobierno, ni el mismísimo...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LA PRUEBA, POR FRANCISCO IRIBARNE, dibujo de Opisso



... entró en la habitación precipitadamente...

Elena y Ramón se casaron enamorados mutuamente y fueron felices durante un año. Cuando iba a cumplirse este año dichoso, Elena, un día, sintió que se le escapaba aquella felicidad saboreada dulcemente. Su esposo iba siendo otro; ya no pasaba tanto tiempo a su lado; ya no era tan expresivo en sus caricias; ya no le comunicaba los más insignificantes detalles de su vida; sus conversaciones en el casino, sus proyectos, el curso de todos sus negocios. Ahora permanecía como abstraído pensando en cosas lejanas; en cosas que ella no podía adivinar y que él no sentía necesidad de comunicarle.

Ante la idea de esta catástrofe sentimental Elena sintió un profundo estremecimiento que hizo vibrar todas las fibras de su corazón infantil; Elena era casi una niña, pues contaba apenas dieciocho años. ¿Qué sería de ella después de este fracaso? Toda la ilusión de su vida estaba condensada en el amor de aquel hombre a quien se entregó desde el primer momento en cuerpo y alma. Sabía perfectamente que el lazo que la unió a él era eterno, indisoluble; que su desgracia o su felicidad había de ser por tanto irremediable. La primera nube de tristeza pasó por el cielo esplendoroso de su juventud. «¿Será posible que me haya engañado desde el primer día? ¿Habrá sido una farsa su cariño, sus apasionados discursos, sus dulces palabras de amor?»

Al pensar así le sobrecogió un terror indescriptible. ¡No! Para eso era preciso que fuese un monstruo; un tipo de perversidad inconcebible. Esta idea espantosa fué desechada inmediatamente. La verdad tiene un tono, una expresión inconfundible; él no la había engañado; él fué sincero; pero su amor no era eterno ni mucho menos como le juró mil veces; su pasión acabaría así, por grados, paulatinamente, has-

ta reducirse a una terrible indiferencia. La desgraciada Elena sufría horriblemente; las lágrimas brotaron de sus hermosos ojos azules y una melancolía infinita se apoderó de su espíritu. En esta situación de ánimo la sorprendió su amiga Enriqueta, compañera suya de colegio que la visitaba con frecuencia. Enriqueta tenía bastante más edad que Elena y un carácter completamente distinto. Lo que en Elena era timidez, apocamiento y cortedad, en Enriqueta era resolución, energía y viveza. En el colegio esta diferencia de caracteres las hizo juntarse. Cuando Elena llegó estaba como asustada, no se atrevía a intervenir en los juegos de sus compañeras y permanecía sola durante las horas de recreo. Enriqueta la sorprendió un día en su triste actitud y se acercó a ella interrogándola con un interés maternal:

— ¿Por qué no juegas? ¿En qué piensas?

Elena bajó los ojos tímidamente sin contestar.

— Van a creer que eres muy orgullosa. Es preciso que juegues, que te alegres. El colegio no es lo que parece. Tú habrás pensado que aquí no hay más que caras serias, adustas; que todo es estudiar; que no se puede mover un pie ni una mano sin pedir permiso a la profesora. Esa misma idea me hice yo antes de venir; pero luego he visto que no hay tal cosa; aquí se puede estar como en casa; todo consiste en hacerse simpática a las profesoras, en no desobedecer nunca sus órdenes aunque nos parezcan injustas, en mostrarse siempre amable y complaciente. Si tú haces esto verás cómo te va muy bien y no te incomodan ni te vigilan.

Este pequeño discurso, dicho en un tono de cariñosa solicitud, cayó en el alma candorosa de Elena como una lluvia benéfica sobre un campo sediento. Su tristeza se disipó; la idea de aislamiento que la anonadaba trocóse en una íntima alegría que hizo asomar a sus labios una sonrisa de felicidad. Desde aquel instante se sintió capaz de soportar la separación de su familia; ya podía contar con la protección de alguien; ya no estaba sola. Enriqueta la trataba con un cariño que tenía mucho de maternal y Elena

seguía al pie de la letra sus consejos. El día en que Enriqueta salió del colegio fué para Elena un día doloroso.

— No seas tonta; no llores; yo me voy, pero ¿qué importa?, el año que viene saldrás como yo y entonces nos veremos todos los días. Nos visitaremos diariamente.

Cuando Elena salió al año siguiente, en seguida fué a ver a su amiga y ésta siguió ejerciendo sobre ella una gran influencia.

Después vinieron las confidencias sobre el amor; mutuamente se leían las cartas de sus prometidos y juntas redactaban las contestaciones. Cuando se habló de boda seriamente, Elena se echó a temblar y Enriqueta se echó a reír como una loca.

— Parece mentira, decía Elena viendo a su amiga tan alegre, que no te preocupe seriamente el matrimonio. Yo te juro que, aun creyendo en el cariño de Ramón, esto de casarme me causa una emoción terrible; pienso en la posibilidad de un error, de una equivocación, que supone la desgracia de toda la vida.

— No seas tonta, replicaba Enriqueta; la felicidad no depende en absoluto más que de nosotros mismos.

— Es que tú eres muy egoísta.

— ¿Yo? No lo creas; soy capaz de los mayores sacrificios; pero sólo me sacrifico cuando las circunstancias lo requieren; cuando realmente debo hacerlo.

— Al corazón no se le puede mandar. Yo te juro que quisiera no estar enamorada; te aseguro que el amor me da miedo. Sin embargo, no lo puedo remediar; es como una obsesión, como una pesadilla que unas veces toma caracteres deliciosos, tintes color de rosa, y otras adquiere tonos sombríos y desoladores. Yo no veo en el amor más que una eterna felicidad o una eterna desgracia.

— Pues estás fresca; ya puedes esperar de él los más crueles desengaños.

— No me digas eso, porque me haces sufrir horriblemente.

— Te lo digo por tu bien. Es preciso que aprendas a no extremar las cosas; es necesario que no seas tan romántica. Tú ves en tu novio una especie de trovador, un galán eternamente amable y cariñoso, dispuesto en todo momento a satisfacer tus menores caprichos, a no apartar sus ojos de los tuyos; un poeta que va a cantar siempre a tu oído la más dulce canción; un hombre galante a todas horas, dispuesto a sonreír, decidido a sacrificarlo todo en tu honor. ¿No es eso lo que piensas?

- Naturalmente.
- Pues eso, hija mía, es una solemne tontería.
- Yo no exijo tanto como tú dices; pero creo que si el amor no es capaz de todos los sacrificios, si no satisface por completo nuestras más profundas aspiraciones, sería mejor que no existiera. Además yo exijo del amor todo lo que soy capaz de sacrificarle.

- Vives en un error; ni tú ni nadie es capaz de ciertos sacrificios. Yo te juro que no creo en esos héroes magníficos del romanticismo.

- Pues yo sí.
- Eso será tu perdición.
- Es que yo nada puedo hacer para evitarlo.

- Sí que puedes hacer. Hay que mirar las cosas tal como son, sin atribuirles cualidades y condiciones que no tienen. No hay nadie que sea completamente malo ni completamente bueno. Se cambia de humor sin causa justificada, y estos cambios, estas alternativas pasan casi inadvertidas porque procuramos ocultarlas ante las personas que nos rodean; pero en la intimidad este velo desaparece y somos un momento demasiado groseros y otro efusivamente cariñosos. Yo me figuro la vida matrimonial como es; creo que mi marido unas veces estará de buen humor y otras veces no; que me tratará bien constantemente porque es un hombre bien educado; que habrá en nuestra vida días tristes y alegres; pero sin llegar nunca nuestras alegrías ni nuestras tristezas a un término peligroso.

Estos prudentes consejos no hicieron más que perturbar un poco más la romántica imaginación de Elena. Las dos amigas se casaron y desde entonces su intimidad disminuyó bastante. Elena fué más feliz que Enriqueta durante los primeros meses de matrimonio. Aparecía radiante de felicidad. Su amiga, menos apasionada, sonreía al verla y en su sonrisa había cierto aire de desconfianza; pensaba que aquel encanto, que aquella ventura de su amiga acabaría pronto y en efecto así sucedió.

- Iba a ir en tu busca, dijo Elena al verla entrar; necesito tus consejos porque soy muy desgraciada.

- ¿Qué pasa?
- ¿Que qué pasa? Pues que mi marido no me quiere, que se ha cansado de mí. ¿Te parece poco?
- ¿Qué pruebas tienes?
- Muchas. Lo veo en todos sus actos. Ya no me

a esa tranquilidad de espíritu, a esa cordialidad exenta de locos apasionamientos, a esa forma apacible del amor que es la más duradera.

- Sí, pero es que yo no estoy segura de que subsista el amor bajo ese aspecto; es que creo que se acaba, que muere definitivamente; mejor dicho, estoy segura de que mi esposo no me quiere; estoy segura de que ya le soy completamente indiferente.

- No digas tonterías. Tú acostumbras siempre a exagerar las cosas.

- Te aseguro que no es exageración.

- Pues yo creo que sí y podría probártelo.

- ¿Probármelo? ¿Cómo?

- Muy fácilmente. ¿Dónde está ahora tu marido?

- No sé; supongo que estará en el Casino.

- Bien; pues vamos a darle un pequeño disgusto.

- ¿Qué vas a hacer?

- Voy a decirle que te has dislocado una pierna al bajar la escalera y que sufres mucho. Cuando venga ahora, porque vendrá en seguida, tú leerás en su semblante si te quiere o no, y si tú no lo ves lo veré yo, porque hay cosas que no pueden ocultarse. Luego le revelaremos la farsa y tú le pedirás perdón por haber desconfiado de su cariño y por haberle dado este disgusto. ¿Estás dispuesta a efectuar la prueba?

- Sí; necesito tener la seguridad de que no le soy indiferente.

Enriqueta dió al esposo de su amiga por teléfono la fatal noticia y éste llegó momentos después revelando en su sem-

blante la más viva inquietud; entró en la habitación precipitadamente, dirigiéndose hacia su esposa, que se hallaba convenientemente tendida en un diván y que sonrió al verle con la más íntima satisfacción.

La prueba produjo el más saludable efecto y la felicidad volvió a aquel hogar, curando a Elena de sus ridículos temores y haciéndole ver cómo es posible y duradero el amor en el matrimonio.



La del abanico de nácar, cuadro de Galofre Oller

habla más que en un tono amistoso que me parece insoportable; no veo en él esa inquietud, ese apasionamiento que mostraba antes en todo momento; ahora pasamos horas sin dirigirnos la palabra. No es que sea grosero conmigo, me trata con cariño, pero no es el mismo de antes; es un cariño casi fraternal.

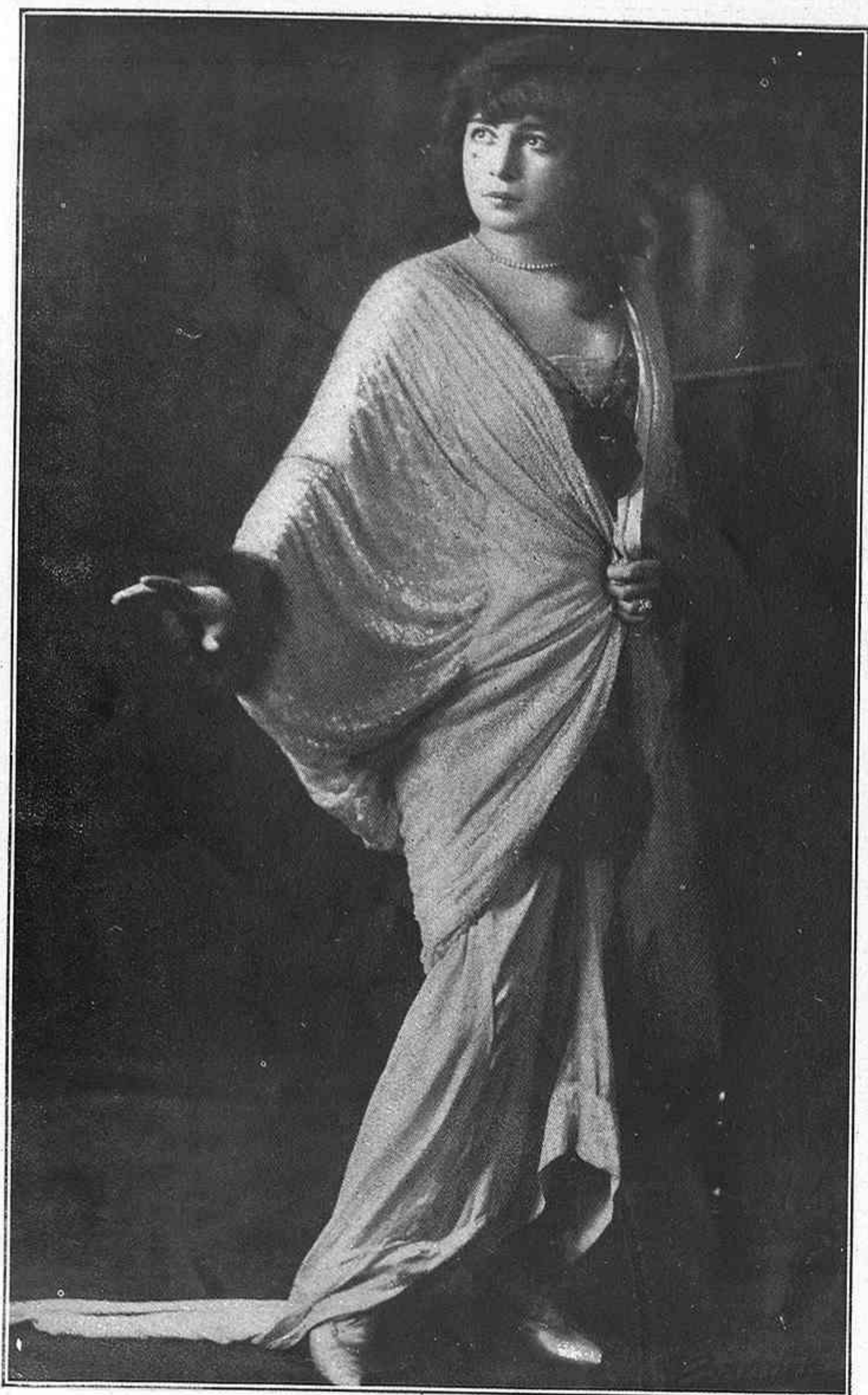
- Pues ese cariño es el más seguro, el más verdadero, el que tú debes esforzarte en conservar.

- Yo no creo en él.

- Para ser feliz en el matrimonio es preciso llegar



Pensando en el ausente, cuadro de Roberto Burns. (Exposición de la Real Academia Escocesa. 1915.)



La coqueta sorprendida. - Retrato, cuadros del pintor mexicano Pablo Barbieri, el primero expuesto recientemente en Viena y el segundo propiedad de D. Antonio E. Escandón, de México. (De fotografías remitidas por D. A. Rico.)



En la canoa, cuadro de José Nittis. Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. (De fotografía de Filippi, remitida por Carlos Abeniagar.)



En Francia. — El príncipe heredero de Alemania visitando en automóvil la línea de combate

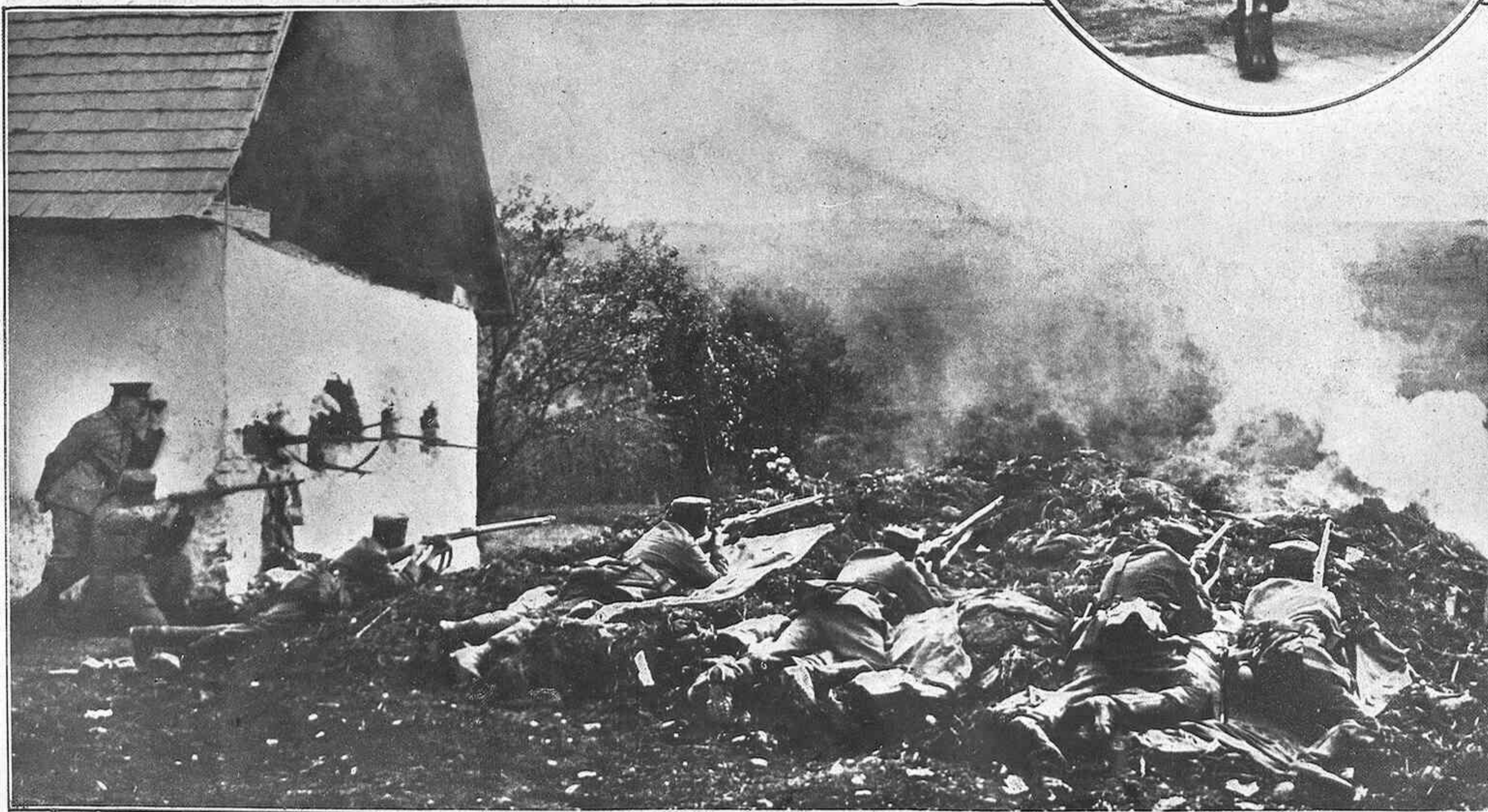
LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — Noticias oficiales de los aliados. En el Argona los alemanes consiguieron penetrar en algunas trincheras avanzadas, pero violentamente contraatacados, fracasaron en su tentativa de romper el frente, conservando los franceses su línea excepto en un pequeño elemento de trinchera. Niegan los éxitos que los alemanes suponen alcanzados en aquella región por el príncipe heredero de Alemania, afirmando que éste, a pesar de disponer de numerosos efectivos y de poderosos materiales, no ha conseguido ningún resultado apreciable ni podido modificar la situación de las tropas que tenía enfrente, pues si bien pudo llegar hasta las trincheras francesas en un frente de 1.200 metros, su avance fué contenido por contraataques. En Lorena, ha habido combates de avanzadas ventajosos para los franceses en la selva de Parroy; al Sur de Leintrey han destruido posiciones enemigas; y en los alrededores de Leintrey y de Anverviller han dispersado grupos enemigos que lograron llegar hasta las alambradas. En los Vosgos, en Schratzmaennele abandonaron una trinchera de primera línea, pero en un contraataque recuperaron la mayor parte de ella; y en Hartmannsweilerkopf obligaron a retroceder a sus líneas a los alemanes que se habían apoderado de la cúspide de aquel monte. Niegan que los alemanes hayan recuperado la línea Lingekopf-Barrenkopf,

pues en ella han conservado sus antiguas posiciones, habiendo logrado el enemigo únicamente hacerlos retroceder 40 metros en un frente de 200. En otros puntos de la línea de batalla han rechazado numerosos ataques; y en todo el frente ha habido violentos combates de artillería, luchas con granadas de mano, bombardeos por los aviones, etc.

Noticias oficiales de los alemanes. En Souchez, región de Arrás, después de haber rechazado varios ataques, han tomado una trinchera avanzada francesa; en el Argona, se han apoderado de varias posiciones al Nordeste de Vienne-le-Chateau y de varios puntos de apoyo, entre ellos el llamado María Teresa. En los Vosgos, han asaltado las posiciones de Schratzmaennele y Hartmannsweilerkopf, rechazando violentos contraataques y conservando, a pesar de éstos, las trincheras conquistadas.

Teatro de la guerra de Oriente. — Noticias oficiales rusas. Los rusos han avanzado al Este de Riga, han contenido la ofensiva alemana en las carreteras de Dvinsk, hacia los ríos Sussia y Niemen; han rechazado ataques al Este de Grodno; en las regiones de Skidel y entre el



En Francia. — Tropas alemanas rechazando un ataque. — En el óvalo, último retrato del feldmariscal alemán Hindenburg, que dirige actualmente las operaciones en las provincias bálticas. (De fotografías de Hofer.)

Niemen y el Pripet, han continuado el repliegue previsto, dificultando la ofensiva enemiga mediante violentos contraataques; y en la región del Sereth, después de haber contenido la ofensiva austriaca, han conseguido dos importantes éxitos cerca de Tarnopol y Trembowla, poniendo en completa derrota a considerables fuerzas enemigas, haciéndoles muchos prisioneros y cogiendo importante botín de guerra.

El tsar ha tomado el mando de los ejércitos y ha dirigido con este motivo al gran duque Nicolás una afectuosa carta en la que, después de reconocer el valor inquebrantable de que ha dado pruebas como generalísimo de las tropas rusas, dice que estima que su deber, cuando el enemigo penetra en el interior del Imperio, es tomar el mando de las tropas, compartir con ellas las fatigas de la campaña y defender el territorio ruso contra todos los atentados enemigos. La carta termina nombrando al gran duque virrey y comandante del ejército del Cáucaso.

Noticias oficiales austroalemanas. Los austroalemanes han avanzado hacia Friedrichstadt, desalojando a los rusos de varias posiciones en la orilla izquierda del Duna entre aquella ciudad y la de Jacobsstadt; se han apoderado de algunos lagos al Sudoeste de Vilna, y han llegado en algunos puntos hasta la línea férrea Vilna-Dunaburg; han proseguido su avance en el frente del Niemen, al Este de Grodno, y en el sector Selwianka-Rozhanka, obligando a los rusos a retirarse al otro lado del Selwianka, al Sur del Niemen, cruzando aquel río por varios puntos y apoderándose de Olszanika y de Lowna y de varias posiciones al Este de Selwa; se han apoderado de la orilla Norte del Jasiolda, obligando a los rusos a evacuar sus posiciones de Kartusskaja-Beressa; han ocupado Wolkowsk; han franqueado por completo la región pantanosa del Jasiolda y del Orla, ganando terreno al Sudeste de Roshany y atacado y perseguido a los rusos a ambos lados del ferrocarril de Pinsk; han rechazado violentos ataques al Este de Galizia y contra las posiciones del valle del Bug; han tomado el castillo de Podkamien y varias posiciones fuertemente defendidas al Sudeste de Brody; han ocupado la plaza fuerte de Dubno, y prosiguiendo el avance en el triángulo de las fortalezas Lutsk, Dubno y Rowno, han tomado Derashno; cerca de este pueblo han pasado el Morin y cerca de Dubno el Swa; han rechazado violentos ataques en la frontera de Besarabia y en la desem-

bocadura del Sereth, obligando a los rusos a repasar este río; han invadido la Besarabia en la región del Dniéster, ocupando las posiciones rusas de Nowosielka y Kostjukowa; han tomado el pueblo fortificado de Chant en las cercanías de Tarnopol; han rechazado ataques en este último punto, ocupando una posición favorable a algunos kilómetros al Oeste del mismo; y han contenido la ofensiva rusa en la región de Ostrow, echando a los rusos de Budzanow y rechazándolos al Norte.

Plezzo; en la zona de Plava han rechazado un ataque contra las trincheras del Sur del túnel de Zagora; y han atacado en el alto Isonzo fuertes posiciones enemigas, logrando notables resultados, a pesar de las dificultades del terreno y de la resistencia encarnizada del adversario. En otros puntos del frente, acciones de artillería dificultadas por la niebla. Un comunicado oficial del generalísimo Cadorna dice que, según informes dignos de crédito, los austriacos están recibiendo, en el

Isonzo, refuerzos de grandes contingentes de tropas frescas y artillería de grueso calibre.

Noticias oficiales austriacas. Se limitan a decir que los austriacos han rechazado varios ataques contra la planicie de Doberdo, contra la cabeza de puente de Tolmino y contra otros puntos del frente, conservando en todas partes sus posiciones.

En los Dardanelos. — Los aliados dicen que han realizado nuevos progresos en el frente de Suwla, en donde recientemente efectuaron un desembarco, y que en la zona Sur un cañoneo eficaz ha destruido dos pequeños fortines y causado grandes pérdidas al enemigo.

Los turcos afirman que sus baterías han cañoneado eficazmente las trincheras y los talleres de los aliados en Seddul-Bahr.

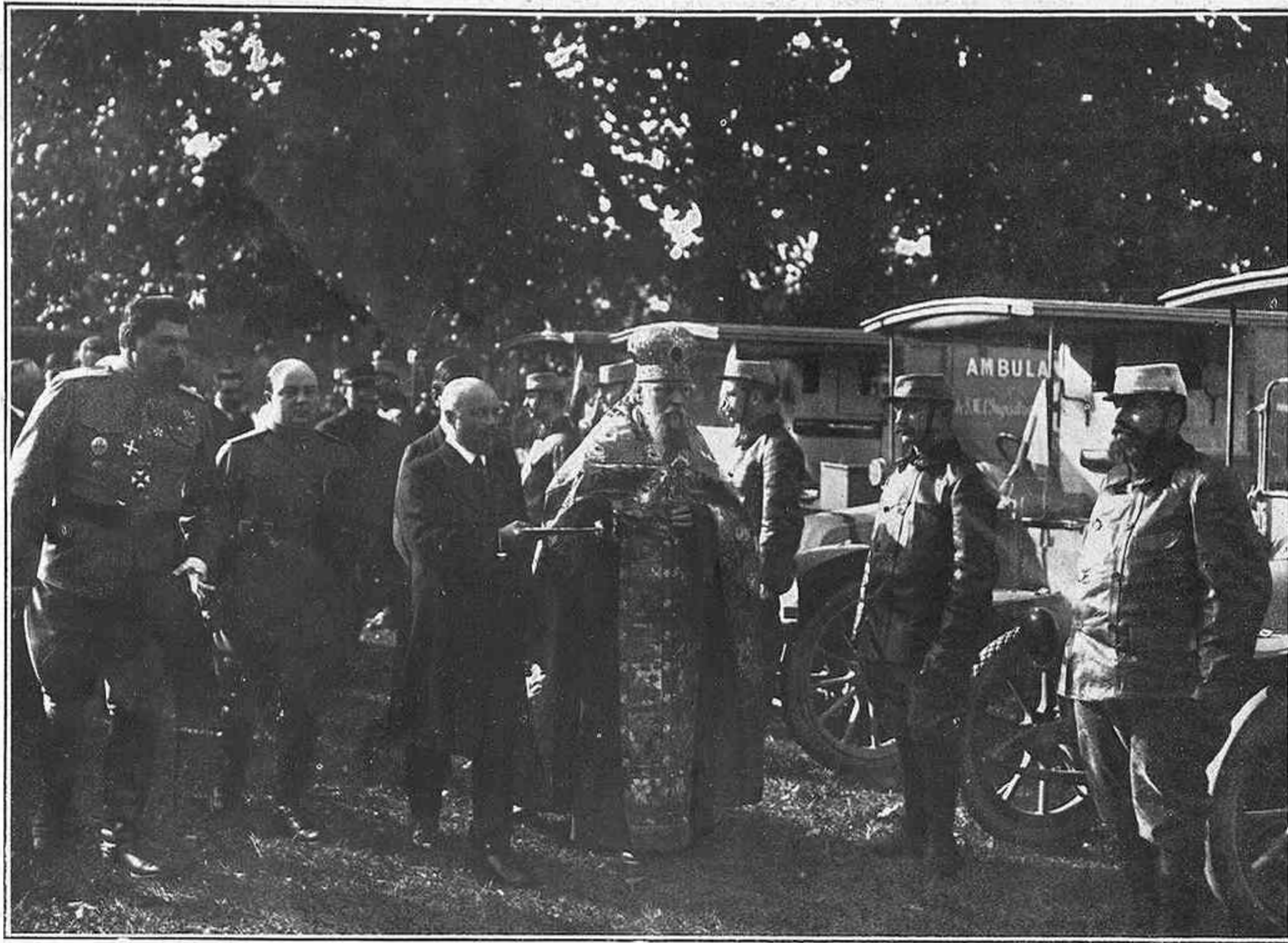
La guerra naval. — Se da por segura la pérdida del submarino alemán U-12. Noticias de Constantinopla dicen que las baterías de la costa de Anatolia cañonearon un crucero auxiliar inglés incendiándolo.

Una escuadra aliada ha bombardeado las posiciones alemanas de la costa belga; el comunicado oficial de Berlín que da esta noticia añade que ante el fuego de las baterías alemanas los buques enemigos hubieron de retirarse.

La guerra aérea. — Varios zeppelines han efectuado algunos raids sobre la costa oriental de Inglaterra y sobre Londres, lanzando gran número de bombas; según los ingleses, estos raids han ocasionado numerosas víctimas de la población civil y causado escasos daños materiales; según los alemanes, han producido daños de consideración en algunas grandes fábricas de Norwich, en el puerto y en los altos hornos de Middlesborough, y en los docks y en el puerto de Londres.

Aviones aliados han bombardeado las plazas fuertes de Bélgica ocupadas por los alemanes.

Dos hidroaviones austriacos han lanzado bombas sobre la laguna de Venecia, sin causar ningún daño.



En Bagatelle (Paris). — Bendición de un tren de automóviles ambulancias rusos antes de ser enviado a la línea de batalla. (De fotografía de M. Rol.)

Austriacos e italianos. — Noticias oficiales italianas. En el Tirol, los italianos han destruido, en el alto Val Camonica, parte de las posiciones enemigas de la cuenca del Pressanella y han rechazado un ataque contra el monte Maronia; en Carintia, han rechazado dos intensos ataques en el alto Rienz; y en la región del Isonzo han rechazado ataques contra las posiciones de Monte Nero; han emprendido la ofensiva en toda la zona del Carso, realizando algunos avances y ocupando varias posiciones enemigas; han hecho retroceder una columna que por Predil se dirigía a Plezzo y dispersado otra que descendía hacia Predil; han rechazado un ataque en la zona de

tal de Inglaterra y sobre Londres, lanzando gran número de bombas; según los ingleses, estos raids han ocasionado numerosas víctimas de la población civil y causado escasos daños materiales; según los alemanes, han producido daños de consideración en algunas grandes fábricas de Norwich, en el puerto y en los altos hornos de Middlesborough, y en los docks y en el puerto de Londres.

Aviones aliados han bombardeado las plazas fuertes de Bélgica ocupadas por los alemanes.

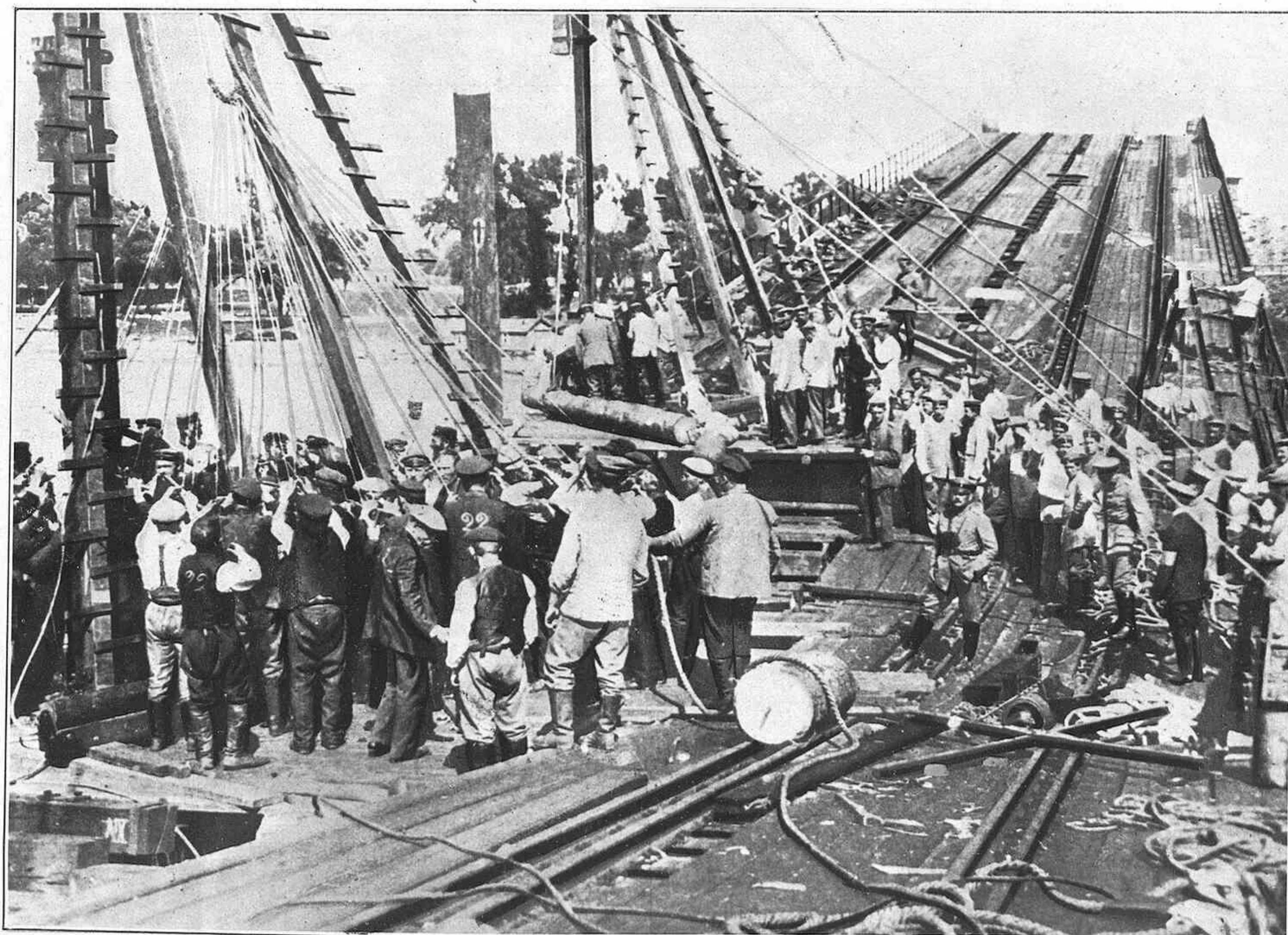
Dos hidroaviones austriacos han lanzado bombas sobre la laguna de Venecia, sin causar ningún daño.



En Sydney. — Regimiento australiano dirigiéndose al puerto para embarcarse con rumbo a Europa a fin de tomar parte en la guerra. (De fotografía de Carlos Trampus.)



En Galizia. - Soldado alemán recomendando a unos niños que no toquen un proyectil que no ha estallado, pues con un simple golpe podría hacer explosión



En Varsovia. - Pontoneros alemanes reconstruyendo el puente sobre el Vístula que pone en comunicación Varsovia y Praga y que fué destruído por los rusos



En Meaux. - La muchedumbre a la salida de la catedral después del oficio que en sufragio de las almas de los muertos en la batalla del Marne celebraron los obispos de Sens, Meaux y Versailles



En el camino de Varreddes. - El general Michal clavando una bandera en la tumba en donde yacen algunos soldados que murieron en la batalla del Marne



El Escorial.—S. M. el Rey D. Alfonso XIII, S. A. la Infanta D.^a Luisa y S. A. el Infante D. Alfonso, primogénito de la difunta Princesa de Asturias, al salir de la misa celebrada después del traslado de los restos de la princesa.

EL ESCORIAL

TRASLADO DE LOS RESTOS DE LA PRINCESA MERCEDES

El día 5 de este mes efectuóse el traslado de los restos de la Princesa de Asturias desde la tumba provisional en que hasta ahora habían estado depositados al panteón de los Infantes. La tumba definitiva es de mármol blanco y sobre ella hay la estatua yacente de la princesa y una figura de angelito que recuerda al Infante D. Fernando, hijo segundo de aquella, fallecido después que su augusta madre y que al lado de ella ha sido enterrado.



El cardenal Serafin Vannutelli, recientemente fallecido. (De fotografía.)

Al día siguiente dióse una misa de *Requiem* a la que asistieron S. M. el Rey D. Alfonso XIII, el Infante D. Carlos, viudo de la princesa, el Infante D. Alfonso, hijo de ambos, y la Infanta D.^a Luisa, actual consorte del Infante D. Carlos.

A la puerta del monasterio fueron recibidas las augustas personas por el intendente de la Real Casa, marqués de Borja, por el administrador del patrimonio y por la comunidad de Agustinos.

Un padre de la Orden dió la misa, que se celebró en el Panteón y después rezóse un responso ante la tumba de la Princesa.

Su Majestad y Altezas oraron largo rato al pie del sepulcro.

EL CARDENAL SERAFÍN VANNUTELLI

A la edad de ochenta y un años ha fallecido en Roma el cardenal Serafin Vannutelli, decano del Sacro Colegio y una de las personalidades más salientes de la Curia romana. Había nacido en Gennazzano, ciudad del Lacio, de una familia acomodada y distinguida, y después de haberse graduado de doctor *in utroque jure* en el colegio Capranica de Roma y de haber enseñado durante algunos años Derecho canónico en el Seminario pontificio romano, pasó a México como auditor del nuncio apostólico monseñor Mezlia y de allí, con el mismo cargo, a la nunciatura de Múnich.

Posteriormente fué nombrado legado apostólico en el Perú y más tarde en el Ecuador, desde donde volvió a Roma llamado por Pío IX quien le confió la nunciatura de Bruselas en marzo de 1875, habiendo cesado en 1879 a consecuencia de la ruptura de relaciones de Bélgica con el Vaticano.

León XIII le nombró en 1880 nuncio apostólico en Viena, en

Frascati. Al morir León XIII en 1903, considerósele cardenal *papabile* y en el cónclave de julio de aquel año obtuvo cuatro votos.

Le ha sucedido en el decanato del Sacro Colegio su hermano el cardenal Vicente Vannutelli.



El ilustre pintor italiano Eduardo Dalbono, recientemente fallecido. (De fotografía.)

EDUARDO DALBONO

Era este pintor recientemente fallecido el decano y el más ilustre de los actuales pintores napolitanos y el verdadero representante de la escuela napolitana, admirándose en todas sus obras un intenso sentimiento regional y una poesía encantadora.

Tenía setenta y un años y hasta sus últimos días ha continuado siendo un trabajador infatigable, pintando cuadros de pequeñas dimensiones que eran verdaderas joyas y en los cuales veíase siempre la mano del maestro insigne que ha sido uno de los más brillantes coloristas contemporáneos.

Además de artista eminente, era un erudito y algunas de sus memorias, leídas en la Real Academia, son trabajos notables de gran interés histórico.

MASNOU. — LA BANDERA DEL SOMATÉN

Con gran solemnidad se ha efectuado en el Masnou la bendición y entrega al somatén de la hermosa bandera regalada por los condes de Lavern, con asistencia del capitán general de esta región Sr. Villar y Villate, el comandante general de somatenes Sr. de Carlos, el Ayuntamiento y las autoridades de aquella villa, la familia del conde de Lavern, otras distinguidas personalidades y un público inmenso. Después que el general Villar hubo revistado los somatenes, celebróse en el jardín del Casino una misa de campaña que dió el ecónomo de la villa D. Miguel de Arquer, quien, antes del Credo, pronunció una sentida y elocuente plática. Terminada la misa, procedióse a la bendición y entrega de la bandera, acto en el cual pronunciaron elocuentes y patrióticos discursos el general Villar y el conde de Lavern, que fueron aplaudidos con entusiasmo. Seguidamente procedióse al reparto de premios del concurso celebrado por el somatén del Masnou y luego los condes de Lavern obsequiaron, en su chalet, con un espléndido banquete a las personalidades que habían asistido a la ceremonia.



Panteón en donde han recibido sepultura definitiva los restos de la Princesa de Asturias. (De fotografías de J. Vidal.)

donde demostró sus grandes dotes de político y diplomático, y lo hizo cardenal en el consistorio de 14 de marzo de 1887.

De regreso en Roma, establecióse definitivamente como cardenal de Curia y fué prefecto de la Sagrada Congregación de Ceremonias, secretario de la Sagrada Congregación de Asuntos exteriores y de la del Santo Oficio, gran penitenciario y decano, habiéndose conquistado en todos estos puestos gran autoridad entre sus colegas y muchas simpatías en el público. En enero de 1893 fué nombrado obispo suburbicario de



Masnou.—El capitán general de esta región Sr. Villar y Villate haciendo entrega al somatén, después de la misa de campaña, de la bandera regalada por los condes de Lavern. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

MI TIO FLORENCIO

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR ANDRÉS THEURIET. - ILUSTRADA POR E. BOUARD. (CONTINUACIÓN.)

Se enjuga el sudor que le chorrea por la frente, se restriega los ojos, recobra su conocimiento y, esta vez, no es sueño.

Fuera, bajo el porche, oye su nombre pronunciado por una voz bien conocida, y seguidamente el precipitado piafar de un caballo.

De un salto, Florencio se lanza y cae casi en los brazos del Sr. Egrefeuil.

— ¿Usted?, exclama el azucarero. ¿De dónde diablos sale?

— De aquí dentro donde dormía, contesta el tío azorado; y añade con un tono de ansiedad: ¿Dónde está la señora de Val-Clavin?

— Amigo mío, contesta bromeando Egrefeuil, haciendo con la extremidad de los dedos el gesto con que los chiquillos imitan el vuelo de una bandada de gorriones; ya es tarde. Contra lo que dice el proverbio, no es la suerte, sino la desgracia la que le ha sobrevenido durmiendo. La señora Herminia ha perdido la paciencia, y, a estas horas, trota con su guía por el desfiladero del Ariza.

— ¡Mal haya!, exclama Florencio furioso, ¿por qué no me ha prevenido usted?

— ¿Prevenido?... ¡Tiene gracia!... ¿Podía yo sospechar siquiera que estaba usted aquí? ¿Desde cuándo está en la Hourque?

— Desde anoche... Al mismo tiempo su hija de usted, el Sr. Ternat y la señorita Suzor...

— ¿Eh?, exclama Egrefeuil, sorprendido y algo desconcertado a su vez: ¿mi hija con Ternat?

— Perfectamente; yo estaba en la creencia de que usted lo sabía y que venía a reunirse con ellos.

— ¿Dónde están?

— Lo ignoro, pero no lejos sin duda... Hemos almorzado juntos...

Se llama a la hostelera y se la interroga; ésta repite que la señorita, en compañía del pintor, ha vuelto a subir a la cumbre, y que la otra señora ha ido en su busca con el sobrino de Florencio Garaudel.

— Seguramente volverán a la hora de cenar, afirma la mujer.

El Sr. Egrefeuil parece haberse tranquilizado; pide un vaso para Florencio y ambos se sientan a la mesa, ante la botella de vinillo espumoso, apenas empezada.

El azucarero consulta su reloj.

— Las cinco y media, murmura; nos queda una buena hora de espera; cenaré con todos ustedes y dormiré aquí.

Enciende un cigarro, mira distraídamente las montañas que se doran y el pequeño lago de Oncet, que, abajo y en el fondo, toma tintes aceitinados.

— ¿Y bien, sabio?, dice a su compañero ahogando un bostezo, ¿está usted satisfecho de su excursión? ¿Ha encontrado usted muchas plantas raras en el Pico?

A Florencio le parece que la pregunta carece de actualidad. ¿Quién se acuerda ahora de botánica? La única planta rara que le interesa, es doña Herminia, y acaba de dejarla escapar por haber sucumbido a un sueño intempestivo... Está despechado por esto y mueve furiosamente los hombros diciendo:

— El caso es que con todo eso he perdido la partida. Jamás me perdonaré el haberme dormido tan estúpidamente.

— ¡Bah!, consuélase usted; no le será difícil tomar el desquite.

— Ni siquiera me ha dicho usted adónde iba la señora de Val-Clavin.

— Va a Bagnères y, partiendo mañana temprano,

tiene usted probabilidades de alcanzarla mañana mismo.

— ¿Va a Bagnères?... ¿Sabe usted en qué hotel se hospedaré?

— No lo sé... Pero ¿de qué le sirve a usted tener una lengua? Visitando los hoteles, uno tras otro, pronto dará usted con la dama.

— Ya estoy impaciente, y si estuviera aquí el animal de mi sobrino, marcharía esta misma noche.

— Sería inútil. No adelantaría usted nada. ¡No tanto celo, como decía Talleyrand... y sobre todo, amigo, añado irónicamente el azucarero, cuidado con las planchas! Cuando haya encontrado a la bella Herminia no trate usted de apresurar el desenlace; no olvide que se las ha con una señora del gran mundo y pórtese con ella como caballero.

— ¿Me toma usted por ungán?,



Enciende un cigarro, mira distraídamente las montañas...

replica Florencio; pierda usted cuidado, me portaré como un perfecto caballero.

Las sombras se alargan, las montañas pasan del color anaranjado al rojo.

A medida que atardece, la conversación decae.

— ¡Caracoles!, murmura el tío, ¡cuánto tardan!

Se levanta, va al extremo del mesón y examina atentamente el camino que serpentea por la vertiente del Pico.

— No se ve a nadie, suspira. ¿Qué demonios harán allá arriba?

Vuelve a sentarse.

El azucarero enciende otro cigarro.

Transcurre una hora, durante la cual suben de los valles blancos vapores que, amontonándose a media altura de las cimas, anuncian la caída del crepúsculo.

Las inmediaciones de la hostería se oscurecen poco a poco. A medida que la noche avanza, la fiebre de la espera enerva más a los dos hombres sentados en el porche.

— Pero ¿qué les pasa, que no vuelven?, murmura el Sr. Egrefeuil, mascando su cigarro.

— Esto exaspera, repite Florencio; se están burlando de nosotros.

Si los jóvenes no bajan, en cambio suben nuevos turistas en masa. En la penumbra, surgen ruidosamente por la cresta del desfiladero, y sus siluetas se dibujan sobre el cielo como sombras chinescas.

Sus llamamientos y sus carcajadas resuenan en el silencio crepuscular y contrastan con las tristes disposiciones del azucarero y del exdroguista.

Es una caravana de orfeonistas tolosinos que han aprovechado el domingo para visitar en grupo un rincón de los Pirineos.

Vienen con sus mujeres y sus hijos, e invaden como una bandada de estorninos la meseta de la Hourque.

Los hombres llevan a cuestas una porción de perretchos, sacos de artista y cajas de colores.

Uno de ellos hasta ha traído una guitarra, que rasguea de vez en cuando.

Atraídas por sus gritos, las criadas acuden, y como los excursionistas dicen que se mueren de hambre, la hostelera se apresura a servir una larga mesa en el comedor central.

Esta tumultuosa invasión acaba de exasperar a Florencio Garaudel y a Egrefeuil.

— No nos faltaba más que esto, refunfuña Florencio.

— ¿Oye usted?, dice el azucarero, cogiendo el brazo de Garaudel. ¿No oye usted pasos allá arriba?

No; ilusión pura. Los pasos sentidos en la sombra son los del guitarrista que ha escalado una roca.

Sentado en la punta, toca la guitarra y canta melancólicamente una canción de Despourins.

XVII

Son más de las seis cuando Dionisia y Miguel llegan por fin a la cúspide del Pico.

Contra lo que esperaban, se encuentran solos en la plataforma, y no descubren en los alrededores ninguna huella del pintor ni de Sol Egrefeuil.

— ¿Nadie?, dice inquieta la señorita Suzor; es extraño.

— Sin duda han vuelto a bajar, replica Silmont.

— Los hubiéramos encontrado.

— Entonces, esa gente de la Hourque comprendió mal las explicaciones de Ternat.

— A menos, repone Dionisia, meneando la cabeza, que el pintor los haya inducido en error para desembarazarse de mi vigilancia.

— ¡Oh! ¿Cree usted a sus dos compañeros capaces de haber premeditado alguna calaverada?

— De su parte, todo lo temo. Sol es una loca y el Sr. Ternat no me inspira la menor confianza. Crea

usted que no estoy tranquila... Volvamos a la hostería ¿quiere usted?

— Respiremos desde luego un instante, insiste afablemente Silmont; la subida ha sido penosa y necesita usted descansar. Esperemos, para volver a bajar, que no haga tanto calor. A la caída de la tarde, el tiempo refrescará... Por lo demás, si los dos enamorados han huído, como usted parece temerlo, por mucha prisa que nos demos a bajar, llegaremos tarde... Pero yo creo que las aprensiones de usted son injustificadas y que la pareja está simplemente ocupada en florear en algún rincón. Si realmente hubiesen tenido intención de huir, hubieran partido a caballo, y sus cabalgaduras no han salido de la Hourque... Tranquílcese usted, pues, y goce en paz del espectáculo que va a presentarse para nosotros solos. No se arrepentirá.

Ella acaba por ceder, se sienta, apoyada de espaldas en la pirámide, y él se acurruca a sus pies.

Sí, el espectáculo vale la pena de ser contemplado.

Por la parte de España, se forman vedijosas nubes que llegan empujadas por el viento Sur, y que, como blancos rebaños fantásticos, se precipitan a través de todas las gargantas de la cordillera.

Los valles de Bareges, de Luz y de Cauterets desaparecen bajo la bruma. La Maladetta, el Neouvielle, el Mont Perdu se coronan de vapores transparentes.

Un vasto mar lechoso y alborotado sube a las vertientes de los Pirineos, no dejando a descubierto más que las altas cumbres, como escarpadas riberas de una costa desconocida, fantástica, contra la cual se estrellan espumosas olas.

Acá y acullá ciclópeos picachos humean como volcanes.

En el centro, el Pico de Bigorra proyecta en la dirección del Este su gran sombra cónica sobre el horizonte.

Todo el espacio comprendido entre los llanos y las montañas no tarda en cubrirse de móviles neblinas, cuyos tintes pasan del morado claro al lila oscuro y se enrojecen luego a medida que se funden, en el Oeste, en el incendio sobre el cual se cierne el sol poniente.

Las nubes acuden hacia el astro que baja majestuosamente, y se prosternan como cortesanas celosas, mientras que, en torno de ellas, los humeantes picos parecen enormes incensarios.

Como un rey magnífico, el sol les envía a guisa de despedida un reflejo de púrpura y continúa bajando lentamente la roja escalera del cielo occidental.

Desaparece al fin; pero, tras él, los bordes del horizonte permanecen gloriosamente iluminados, como la entrada de un palacio olímpico que aun sigue iluminada después de la fiesta.

— ¿Verdad que es hermoso?, exclama Miguel a los pies de la señorita Suzor.

— Sí, murmura ella, maravillada, y de una belleza tan grandiosa que admirándola se pierde el sentimiento de la realidad... Sin embargo, añade con un suspiro, esta belleza no debe hacerme olvidar serios deberes. Vuelven a asaltarme todas mis inquietudes respecto a la señorita Egrefeuil. ¡Por Dios, D. Miguel, partamos!

— ¡Partir!, protesta Silmont reteniendo a Dionisia, ¿dejar este espectáculo antes del final? No. El tiempo transcurre demasiado pronto para que no saboreemos hasta la última gota el raro licor de los minutos felices... ¿Qué nos importan la fuga de la señorita Sol y de Ternat? Dejemos que esa pareja poco interesante corra sus aventuras y no bajemos hasta el crepúsculo.

— ¡Eso no! ¿Y mi responsabilidad, y los compromisos contraídos, y mi situación perdida si sucediese alguna desgracia? ¿Todo esto le es a usted también indiferente?... Yo había oído decir, añade sonriendo, que todos los artistas eran muy personales, pero no me imaginaba que fuesen tan egoístas!

— ¡Egoísta!, replica Miguel con calurosa expresión, sí, lo fui la mañana en que me separé de usted en el camino de Saint Sauveur... Ese día, me reproché amargamente mi sequedad; hoy que he vuelto a encontrar a usted, quiero reparar mi falta y abrirle mi corazón.

El rostro de la señorita Suzor se tiñe de púrpura como las nubes de la puesta de sol, y pregunta:

— ¿Qué falta?... No comprendo.

— Una falta imperdonable, prosigue él. Cuando me contó usted la odiosa escena del Sr. Egrefeuil y la afrenta que había usted sufrido a causa de mí, me callé y la dejé partir...; pero apenas nos hubimos separado cuando sufrí cruelmente por mi silencio y sentí lo mucho que la amaba.

— ¡Usted!... ¿Usted me ama?, balbuceó ella bajando la cabeza.

— ¡Sí, la amo!... ¿Sabe usted lo que retuvo entonces esta declaración en mis labios?... El temor... Temía que usted no lo tomase en serio... Ahora mismo, tiemblo de miedo de ofenderla y de verme rechazado.

— ¡Usted me ama!, repite Dionisia con voz apenas inteligible.

— Sí, y si tiene usted libre el corazón y consiente en entregármelo, me hará el más feliz de los hombres. No soy rico, pero con mis libros gano lo bastante para asegurar una existencia honorable a la mujer que acepte el ser para mí la compañera de los días prósperos y de los días aciagos. Dionisia ¿quiere usted ser esa mujer?

La señorita Suzor baja cada vez más la cabeza. Tiene tan henchido el pecho, palpita su corazón



— Dionisia, bendigo la casualidad que nos ha conducido aquí...

con tal violencia que no tiene fuerza para hablar. Su mutismo prolongado deja a Silmont lleno de turbación y de ansiedad.

— ¡No me contesta usted!, prosigue él; ¿llego demasiado tarde, o quizá le soy demasiado indiferente?

— ¡Dispense usted!, murmura ella; es que la sorpresa... y la alegría me cortan la palabra. Estoy tan orgullosa, tan contenta y tan confusa... Hágase usted cargo... ¡Yo, una chiquilla insignificante, y pobre por añadidura, verme distinguida y amada por usted!... ¡Dios mío!... ¿Qué va a decir su tío Florencio?

— ¡Mi tío!, exclama indolentemente Miguel.

— Sí, me tiene ya tirria; ¿qué va a ser cuando sepa que se ha propuesto usted tomarme por esposa?

— Me río de sus opiniones... Soy bastante grande para prescindir de su consentimiento... Lo importante, amiga mía, es que usted me otorgue el derecho de protegerla contra los Egrefeuil y demás gente de su calaña; que usted ponga en mí toda su confianza... ¿Me tiene usted un poco de amor?

Ella se pone colorada, esboza una mueca maliciosa y replica:

— Me parece que esto se adivina sin necesidad de decirlo...

— Dígalo, sin embargo; ¡me causará tanto placer el oírlo!

— Pues bien, sí, le amo, y no de hoy...

— Dionisia, bendigo la casualidad que nos ha conducido aquí, y bendigo al cielo que tan hermosamente se ha engalanado para asistir esta tarde a nuestros desposorios.

Le besa las manos y la ayuda a levantarse.

Mientras tanto, la proximidad de la noche ha apagado los esplendores de la puesta de sol y los nublados más densos han adquirido un tono más pálido.

Pero esto no es más que un corto entreacto entre dos magias.

A la sinfonía de los matices rojos y dorados sucede el concierto más discreto de las virginales blancuras y de los resplandores suavemente opalinos.

El primer cuarto de la luna surge por encima del Marboré; baña de tierna claridad la muselina de las nubes que flotan a media altura y de las cuales sólo emergen las nevadas cumbres de los picos.

Al soplo de la brisa nocturna, esta sábana vedijosa y móvil parece un mar hiperbóreo azotando con sus heladas olas los lados de colosales tímpanos de hielo.

La señorita Suzor inclina su cabeza hacia atrás y respira con toda la fuerza de sus pulmones.

— ¡Qué noche tan admirable!, exclama. Esta segunda decoración ofrece aún mayor encanto que la primera, y un encanto más dulce. Parece que uno vive de lleno en un sueño... Recuerdo haber leído en mi infancia la narración de un viaje al Polo Norte, y por la noche, en mi camita, antes de dormirme, deseaba ardientemente visitar los mares polares. Y he aquí realizado mi deseo. ¿No parece que estamos en plena Noruega, en el país de los Elfos?... Más tarde, prosigue, en mi primera juventud, soñé que encontraría un hombre a quien amaría y que me amaría a mí, y en cuyo brazo me apoyaría para recorrer felizmente el camino de la vida... Y, añade dirigiendo a Miguel una mirada llena de confianza, lo he encontrado esta tarde... Como usted, amigo mío, bendigo al cielo por haber realizado mis dos sueños.

Silmont, transportado de júbilo, la estrecha contra su corazón, suspirando:

— Dionisia, es hora de partir; la neblina va en aumento y no sería prudente permanecer más tiempo aquí, por grande que sea el encanto que nos retiene.

Le ofrece el brazo en que ella apoya el suyo, y bajan con precaución a través de la niebla diáfana. Siguiendo su marcha, reanudan la conversación un momento interrumpida.

— Antes de entrar en la hostería, entendámonos bien, dice Miguel. ¿Cuáles son los proyectos de usted? Yo, de buena gana, dejaría que mi tío, la señorita Sol y el Sr. Ternat se las arreglasen como pudiesen... Propongo a usted que nos esquivemos mañana, al amanecer, sin cumplidos, y nos vayamos a Bagneres... Allí, tomaríamos el primer tren que partiese para París y la acompañaría a usted a casa de su tía.

— No, contesta gravemente Dionisia, esto no sería digno de usted ni de mí... Debo cumplir mi deber hasta el fin y acompañar a la señorita Sol a Luz. Cuando la haya entregado en manos de su madre y me haya despedido lealmente de los Egrefeuil, me volveré a casa de mi tía Sofia. Le aconsejo a usted que haga lo mismo con su tío. Huir como dos aventureros, sería un mal principio, y echaríamos a perder nuestra felicidad futura... Soy supersticiosa...

— Es usted sabia y prudente como la diosa Minerva y reconozco que tiene usted razón. Pero esta perspectiva de una nueva separación me apena profundamente.

— La separación no será larga... ¿Cuándo piensa usted estar de regreso en París?

— Lo más pronto posible, en seguida que me haya desembarazado de mi tío... En todo caso, escribame usted desde Luz cuatro líneas a Bagnères, en lista de Correos; debemos detenernos allí unos cuantos días.

La noche invade gradualmente las laderas del Pico. Sobre el lago de Oncet, ligeros vapores dan vueltas como una ronda de hadas de la montaña que vuelven a tomar posesión de sus dominios.

A lo lejos, suben débiles sonidos de esquilas; aun se oye el balido de una oveja extraviada, el trote de un caballo de turista retrasado, y luego estos rumores esparcidos se desvanecen en un profundo silencio.

Las piedras movedizas, el sendero más oscuro y menos fácil de seguir, interrumpe forzosamente la conversación de los dos jóvenes, obligándoles a poner toda su atención en el suelo accidentado en que dan traspies.

De pronto una luz oblicua atraviesa la niebla, y, sin sospecharlo, se encuentran delante de las ventanas de la hostería.

En el comedor central, la banda de orfeonistas se ha instalado en torno de una larga mesa alumbrada por una docena de bujías, puestas en fila y cuyas vacilantes llamas despiden sin embargo bastante claridad para que las siluetas jóvenes o viejas, angulosas o rollizas, se destaquen en ella vigorosamente.

Todos estos bravos tolosinos, muy hambrientos y de buen diente, atacan con voracidad el *cassoulet* y los pollos pasados por la sartén. Sus sólidas mandíbulas hacen crujir los huesos medulares.

Sin perder bocado, cambian gallardamente hiperbólicas gasconadas; su verbosidad meridional espumea como el champaña.

Se embriagan hablando y su alegría suelta contrasta con el triste silencio del tío Florencio y del Sr. Egrefeuil.

Estos últimos, junto a la ventana entreabierta, esperan todavía a los cuatro excursionistas, y, con el oído atento, trinan contra el ruido de los comensales, que les impide oír lo que pasa fuera.

No han querido cenar antes de que volvieran los jóvenes, pero están hambrientos y esto aumenta su mal humor.

Florencio sobre todo, acostumbrado a comer a sus horas, se eriza como una castaña, bosteza convulsivamente y refunfuña:

— Esto es intolerable... Yo me muero de hambre. Al mismo tiempo, echa una mirada furiosa a Egrefeuil; en poco está que no le busque cuestiones.

El azucarero, al parecer más flemático, suspira, reuerce sus largas patillas y murmura:

— Esta tardanza es incomprensible... Empiezo a estar seriamente inquieto.

Mientras se lamentan, una gritería hace fijar su atención en los orfeonistas.

Uno de los comensales se ha levantado, un gran diablo flaco y bigotudo, cuya fisonomía chusca y provocante evoca la idea de un Quijote pintor de brocha gorda.

Se enjuga el húmedo bigote con el dorso de la mano y exclama:

— Señoras y caballeros; para reemplazar los postres ausentes, voy a cantarles algo.

Los demás contestan:

— ¡Bravo! ¡Anda Marius!.. Algo de maravilloso... Una romanza de las de p, p y doble u.

— Voy a cantar a ustedes una pieza española: *La Canción del Pirata*.

El guitarrista preludia en su instrumento.

El cantante sacude su melena crespa, ahueca el pecho y canta con voz cavernosa una traducción de las célebres estrofas de Espronceda:

Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela,
no cruza el mar, sino vuela
un velero bergantín:
bajel pirata que llaman
por su bravura el *Tenido*,
en todo el mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar ríela,
en la luna gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;
y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
y allá a su frente Stambul.

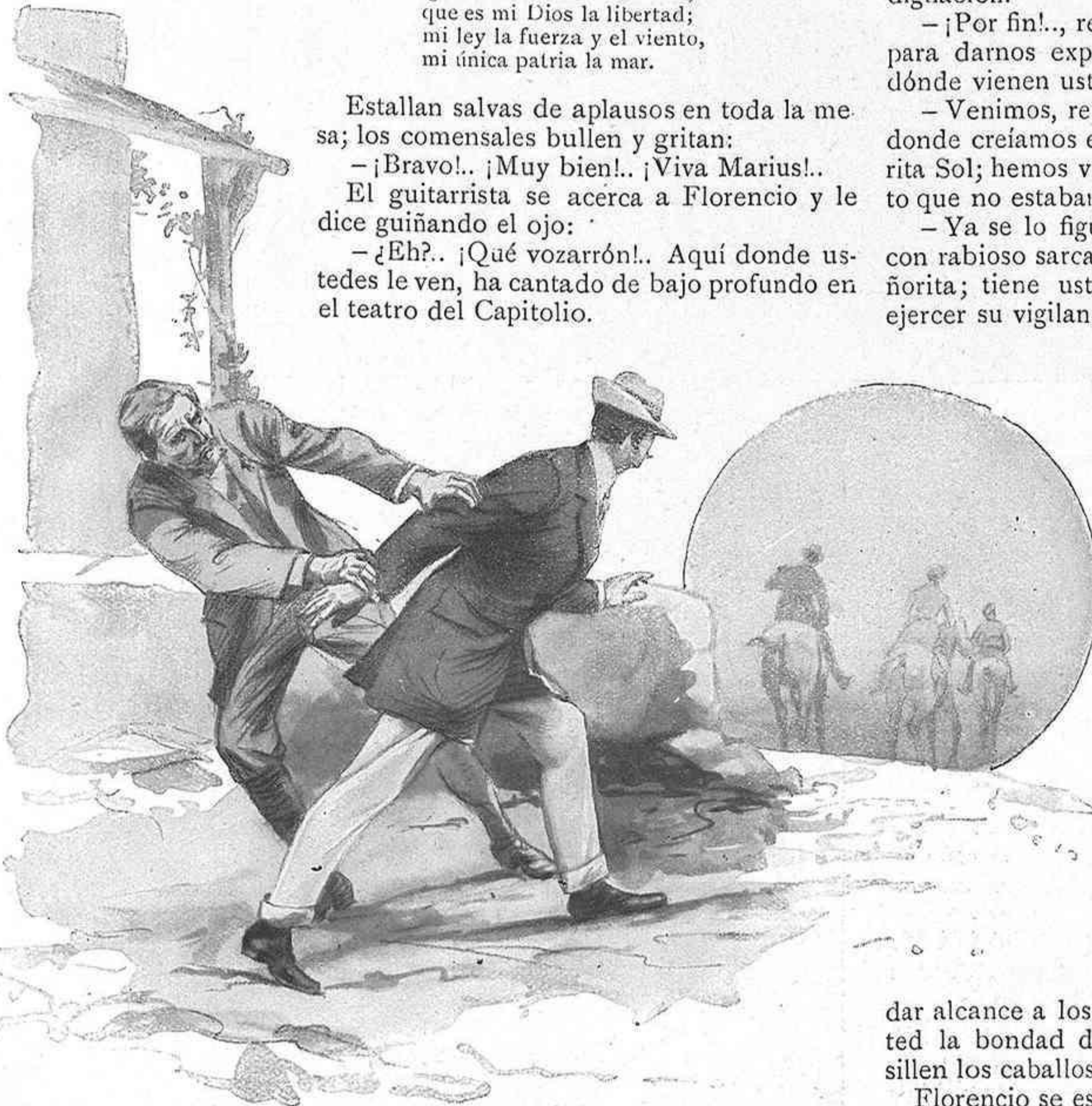
Navega, velero mío,
sin temor,
que mi enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza,
tu rumbo a torcer alcanza
ni a sujetar tu valor.
Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies.
Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad;
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.

Estallan salvas de aplausos en toda la mesa; los comensales bullen y gritan:

— ¡Bravo!.. ¡Muy bien!.. ¡Viva Marius!..

El guitarrista se acerca a Florencio y le dice guiñando el ojo:

— ¡Eh?.. ¡Qué vozarrón!.. Aquí donde ustedes le ven, ha cantado de bajo profundo en el teatro del Capitolio.



Mientras los tres jinetes se alejan en la niebla...

— ¡Y a mí qué me importa!, contesta de un modo irreverente el tío volviendo la espalda.

Los tolosinos se levantan para estirar las piernas y se mueven por el comedor.

En este momento, aparece entre la multitud y en medio del ruido un muchacho de baja estatura blandiendo un desmedido *alpenstock*, y Florencio Garaudel atónito reconoce al sobrino de Pedro Forcadán.

Andrés se adelanta resueltamente a través de los grupos, saluda quitándose la boina y pregunta:

— Dispensen ustedes, ¿qué señor es el que se llama Egrefeuil?

— Yo, dice el azucarero levantándose. ¿Qué quiere?

— En este caso, replica Antón, traigo una carta que una señora me ha dado para usted...

Esto diciendo, presenta una misiva que Egrefeuil abre nerviosamente, acercándose a una bujía para descifrarla; pero apenas la ha recorrido, la estruja con cólera.

La carta dice:

«Mi querido papá: yo amo a Ternat; él me ama, queremos casarnos y, conociendo las preocupaciones burguesas de usted, hemos resuelto precipitar las cosas. A la hora en que leerá estas líneas, estaremos camino de España. Usted no es impecable, puesto que esta tarde le hemos sorprendido en compañía de una señora que lleva el bonito nombre de Herminia. Comprenderá usted pues el irresistible impulso del amor correspondido y nos perdonará. Una vez calmado su primer movimiento de mal humor, escribanos a San Sebastián, en Lista de Correos. Entonces le comunicaré a usted nuestra dirección y podrá traernos la absolución usted mismo.

»Sol.

»P. D. — En la precipitación de la partida, nos hemos olvidado de pagar al guía y a la hostelera. Tenga usted la bondad de arreglar cuentas con ellos.»

— ¡A San Sebastián!.. ¡La desdichada!.. ¡El miserable!.., gime el azucarero consternado.

— ¿Qué pasa?, pregunta Garaudel.

— ¡Qué pasa!, contesta Egrefeuil perdiendo toda su sangre fría; ese bandido de Ternat se ha llevado a mi hija y ese rapto se ha cometido seguramente con la complicidad del sobrino de usted y de la señorita Suzor... Pero voy a acudir a la justicia, a hacer funcionar el telégrafo y los culpables no tardarán en ser castigados.

Mientras acaba de fulminar sus amenazas, Miguel y Dionisia aparecen precisamente en la puerta del comedor.

Su aspecto redobla la irritación de Egrefeuil y, por su parte, Florencio cree deber manifestar su indignación.

— ¡Por fin!.., refunfuña; llegan ustedes a propósito para darnos explicaciones... En primer lugar, ¿de dónde vienen ustedes, los dos?

— Venimos, replica Miguel, de la cúspide del Pico donde creíamos encontrar al Sr. Ternat y a la señorita Sol; hemos vuelto a bajar después de haber visto que no estaban.

— Ya se lo figurarían ustedes ¿no es cierto?, dice con rabioso sarcasmo Egrefeuil; mis parabienes, señorita; tiene usted una manera muy singular de ejercer su vigilancia sobre los jóvenes que le son confiados!

Dionisia palidece.

— Pero señor, balbucea, ¿qué ha sucedido? ¿Dónde está la señorita Sol?

— ¿Dónde está la señorita Sol?, repite sarcásticamente el Sr. Egrefeuil... ¡Ha huído! Mientras usted estaba de floreo con el Sr. Silmont, ese maldito pintor se ha llevado a mi hija y están camino de San Sebastián.

— ¡Ah! ¡Dios mío!, murmura la señorita Suzor atónita, ¡qué desgracia! Nunca me consolaré de haberme separado un instante de la señorita Egrefeuil; fui engañada por los informes de la hostelera.

— ¡Basta!, interrumpe el azucarero, aclaremos eso más tarde... En este momento la obligación de usted es ayudarme a

dar alcance a los fugitivos. Sr. Garaudel, tenga usted la bondad de avisar al guía y mandar que ensillen los caballos.

Florencio se esquila.

Los orfeonistas, curiosos, se agrupan en torno de Miguel, del triste Egrefeuil y de Dionisia que llora.

A fin de substraerse a esta curiosidad, salen los tres y van a esperar los caballos fuera del mesón.

— ¡Deplorable aventura!, gruñe el Sr. Egrefeuil... ¿Cómo voy a anunciar esta catástrofe a mi mujer? El golpe podría ser fatal. ¡Qué responsabilidad para usted, señorita!

Dionisia está abatida y guarda silencio, pero Miguel no soporta el verla injustamente acusada.

— Le afirmo a usted, caballero, protesta Silmont, que la señorita Suzor, engañada por las falsas indicaciones de la hostelera, no subió por segunda vez a la cúspide sino para buscar a su hija de usted... Por consiguiente, no tiene nada que reprocharse, mientras que otros, si bien se examina, no pueden decir otro tanto.

— Gracias por sus comentarios, replica agriamente el azucarero; nadie le pide a usted su opinión y no tiene por qué entrometerse en mis propios asuntos...

La vuelta de Florencio Garaudel y del guía con los caballos pone término al altercado.

El padre de Sol pone ya el pie en el estribo, cuando se siente tirado de la manga.

— Una palabra, murmura presurosamente Florencio; usted me ha dicho que la señora de Val Clavin iba a Bagnères... pero ¿es Bagnères de Bigorra o Bagnères de Luchón?

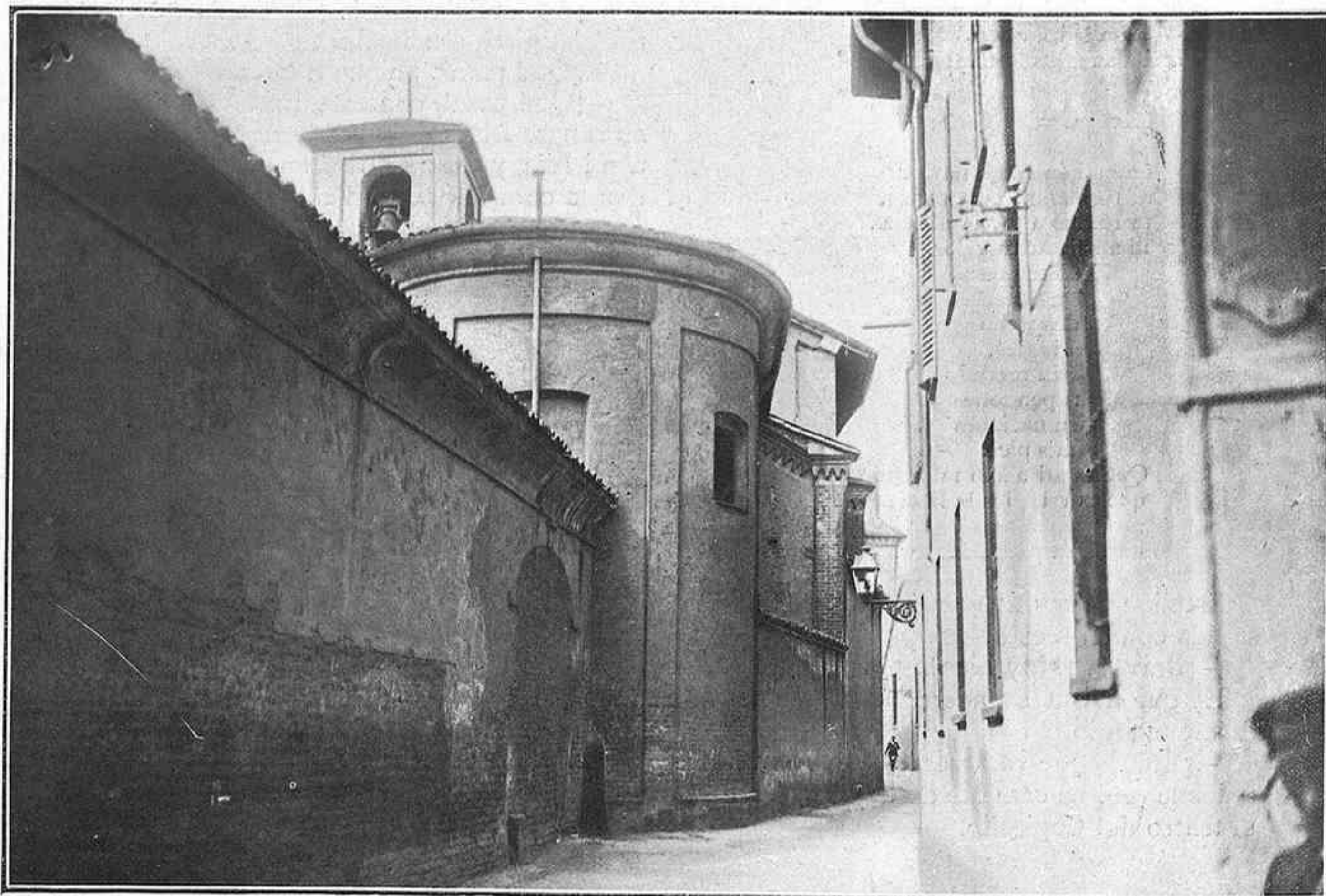
— ¡Vaya usted al diablo!, contesta Egrefeuil exasperado; ¡carece usted de tacto y es usted indecente!

Sube en su caballo y ordena al guía que ayude a la señorita Suzor a montar en el suyo.

— Partamos, señorita, no hay tiempo que perder. Dionisia obedece dirigiendo una triste mirada a Miguel.

(Se continuará.)

MILÁN. — EL MONASTERIO DE SAN AMBROSIO AD NEMUS, EL MÁS ANTIGUO DE LOS MONASTERIOS CRISTIANOS



Vista de la parte antigua del monasterio de San Ambrosio *ad Nemos* que aun se conserva

El monasterio cristiano más antiguo es el de San Ambrosio *ad Nemos*, de Milán, según lo demuestra en un interesantísimo libro el abad Jacinto Turazza.

Cuando San Martín llegó el año 357 a aquella ciudad que se hallaba oprimida por Auxencio, buscó refugio en los bosques de las inmediaciones, en donde encontró a varios anacoretas, a los cuales reunió sometiéndolos a reglas y disciplinas comunes.

Aquellos anacoretas comenzaron a vivir, como el nombre «monasterio» indica, separados en celdas no contiguas, pero sí muy próximas unas a otras.

La regla de aquellos primeros monjes debió ser la de San Antonio Abad o la más benigna de San Basilio; está probado, de todos modos, que después del alejamiento forzado de San Martín, aquellos monjes perseveraron en la vida común, puesto que veinte años después encontramos allí a San Maurilio, milanés perteneciente a una familia noble.

Durante las luchas con los arrianos, viéronse protegidos por San Ambrosio; y en el año 384, cuando San Agustín estuvo en Milán, experimentó una impresión gratísima al visitar el monasterio, del que

dijo que estaba «lleno de un gran número de santos que llevaban una vida perfecta y tenían como superior a un sacerdote muy sabio y virtuoso».

Es de suponer que en aquella época Milán no contaría más que con aquel monasterio; pues, de no ser así, San Agustín habría hecho mención de los demás.

Más tarde, junto al monasterio se construyó la iglesia, que fué edificada por San Ambrosio, siendo aquél uno de los primeros ejemplos de monasterio con iglesia y de un monje ordenado de sacerdote y puesto al frente de sus hermanos.

San Ambrosio, deseoso de retirarse del mundo, se refugiaba, de cuando en cuando, en el monasterio *ad Nemos*; allí el gran obispo trabajaba en el mayor recogimiento y allí compuso sus Himnos y algunas de sus obras.

Cuando Milán fué devastada por Atila en 452 y por Uraya en 539, el monasterio *ad Nemos* pudo salvarse de la destrucción gracias a su situación aislada y apartada del camino que los bárbaros siguieron; además, había en él poco que demoler y pocas cosas que saquear.

Después de un largo período en el que nada se sabe del monasterio, vuelven a tenerse noticias documentadas del mismo, y entonces aparécese más floreciente que nunca y dando vida a numerosos oratorios en la ciudad, hasta que en 1375 el Papa



Entrada del monasterio



Vista de una parte del claustro

Gregorio XI creó la orden de San Ambrosio *ad Nemos*.

Pero más bien que de la fundación de una orden nueva, se trató de una reforma, porque la orden probablemente existía ya y únicamente habíase pedido al Papa que decretase la regla de San Agustín, bien que conservando las tradiciones ambrosianas.

Al mismo tiempo, el Sumo Pontífice mandó a los monjes que variasen la forma y el color de sus vestiduras, imponiéndoles, en lugar de la túnica negra ceñida por un cinturón de cuero, un hábito rojizo ceñido con una cuerda y una corta capa; supónese que se hizo así para diferenciar a los ambrosianos de los agustinos y carmelitas.

El rescripto del Papa Gregorio XI puso a los ambrosianos en condiciones muy favorables para su expansión.

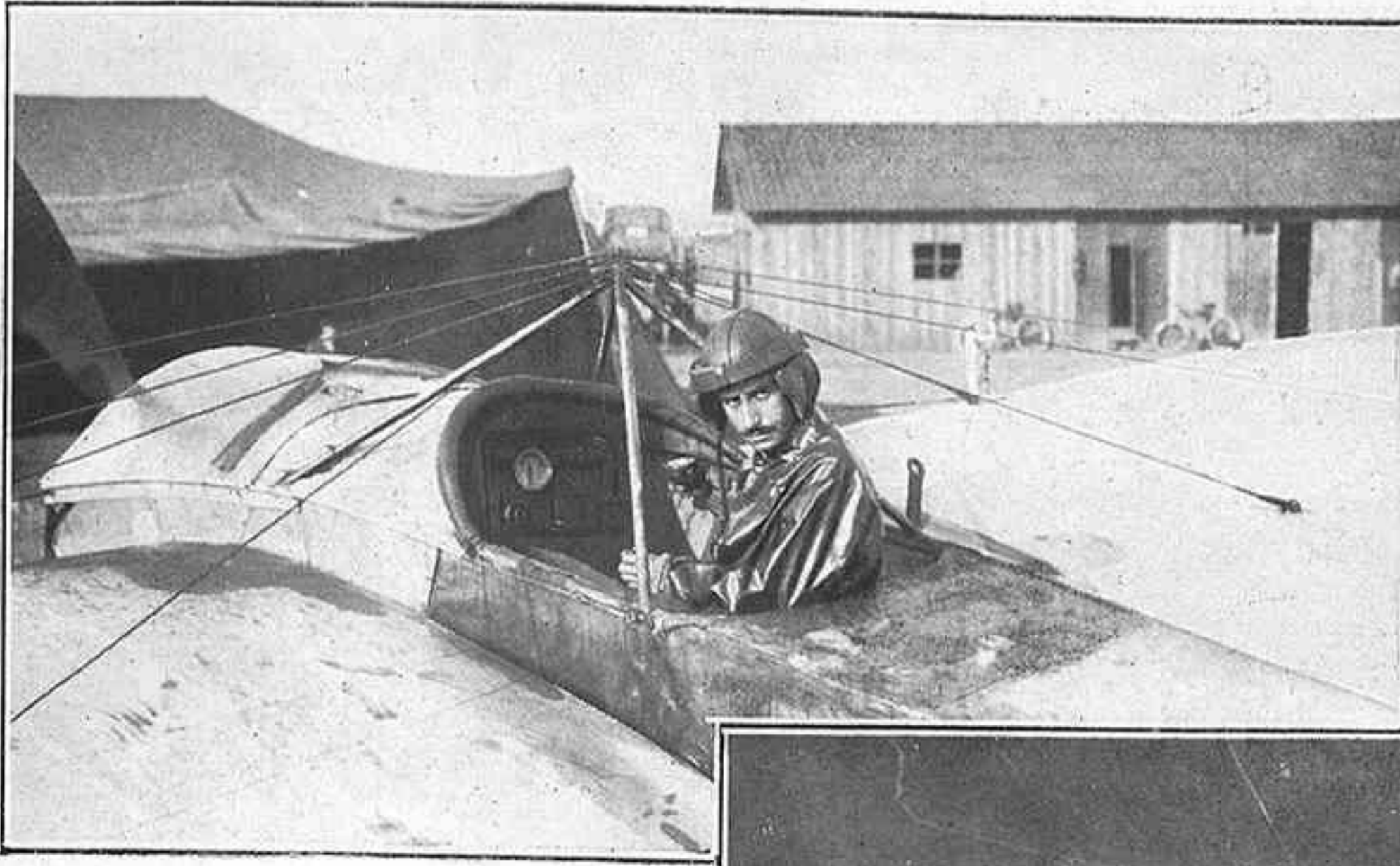
En 1396, el duque de Milán Juan Galeazzo Visconti les otorgó varios privilegios y multitud de exenciones; unos y otras fueron periódicamente confirmados al monasterio hasta el año 1619.

La orden siguió prosperando y tuvo establecimientos en Roma y en Campania.

Actualmente el monasterio de San Ambrosio *ad Nemos* está destinado por entero a asilo de niños pobres.

(Fotografías de Carlos Trampus.)

MELILLA. - LA AVIACIÓN MILITAR. (Fotografías de Lázaro.)



El médico primero Sr. Pérez Núñez, piloto de la escuadrilla de aviación



El primer teniente de Infantería D. José Valencia, piloto de la escuadrilla de aviación

En las proximidades de la Alcazaba de Zeluán establecióse el año pasado un aeródromo destinado a la aviación militar de Melilla y capaz para tres aeroplanos de servicio y uno de repuesto.

Los aparatos utilizados por nuestros aviadores melillenses son de marca Nieuport con motores de 80 caballos y tienen dos asientos, uno para el piloto y otro para el observador.

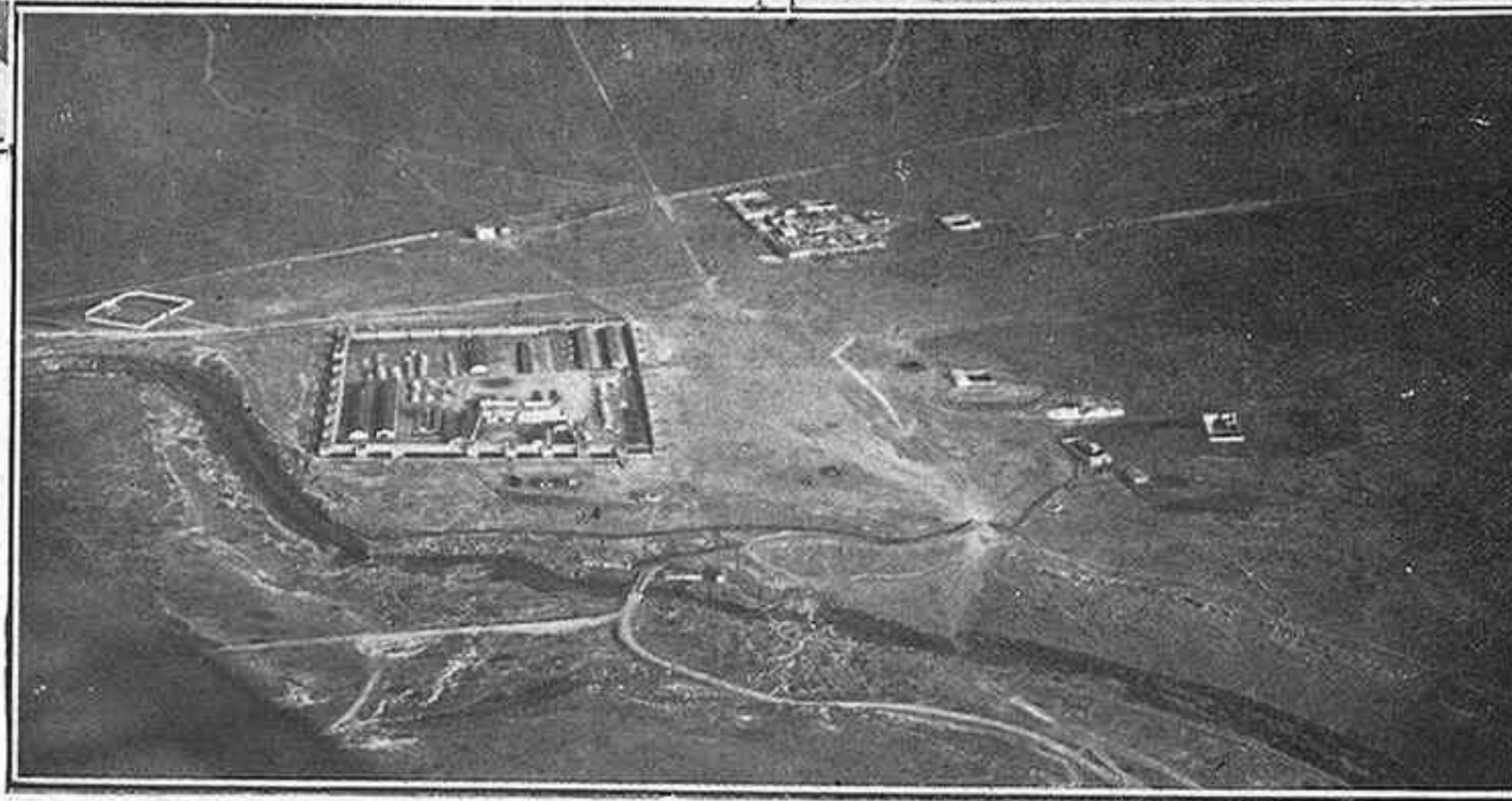
Mandaba la escuadrilla el capitán de Ingenieros D. Emilio Herrera, piloto superior, y prestaban servicio de pilotos el médico primero Sr. Pérez Núñez y el primer teniente de Infantería D. José Valencia, y de observador el capitán de Estado Mayor Sr. Gonzalo.

En octubre marchó la escuadrilla a Madrid para que practicasen en los aparatos los nuevos aspirantes a pilotos; y en marzo de este año regresó a Melilla al mando del citado capitán de Estado Mayor Sr. Gonzalo.

Actualmente los equipos de los aparatos están formados del siguiente modo: médico primero señor Pérez Núñez, piloto, y capitán de Estado Mayor Sr. Gonzalo, observador; primer teniente de Infantería Sr. Valencia, piloto, y primer teniente de Infantería Sr. Fanjul, observador; y primer teniente de Infantería señor Matanzas, piloto, y primer teniente de Infantería señor Barceló, observador.

El servicio que prestan estos aviadores es el de exploración principalmente, pero algunas veces también arrojan bombas sobre las posiciones o los campamentos enemigos.

Antes de efectuar una operación militar, los aviadores reconocen el campo enemigo, haciendo croquis y fotografías el oficial observador, el cual reúne después los datos recogidos y traza con ellos un magnífico plano que sirve para que el alto mando conozca el terreno que se propone ocupar, estudie sobre él los caminos por donde puede avanzar, conozca los barrancos en donde podrán ocultarse las fuerzas, y se haga car-



Vista tomada desde un aeroplano de la Alcazaba de Zeluán y sus alrededores

go de las fortificaciones que tiene el enemigo y de los lugares en que éste puede ofrecer resistencia. En una palabra, el aviador es el ojo del ejército y sus exploraciones son indispensables para el buen éxito de una operación, pues el que manda una fuerza necesita conocer indispensablemente el terreno que piensa ocupar, ya que, de lo contrario, irá desorientado, sus mejores planes podrán verse fracasados y sufrir una derrota en donde se creía cierta una victoria.

En los días de combate, los aeroplanos se remontan para observar los movimientos del enemigo, descubren los barrancos en donde éste se oculta para sus emboscadas, ven las casas en que se atrincheran y observan el lugar en donde se concentra para el ataque. En estos momentos el observador toma apuntes que coloca en un pequeño paracaídas, y trasladándose al lugar en donde se halla el alto mando, deja caer aquél, sin que el aparato descienda, y vuelve nuevamente a sus observaciones.

Si durante los combates ven grandes grupos de moros, lanzan sobre ellos bombas que producen muchos destrozos, siendo aún mayor que el material el efecto moral que con ello consiguen, pues los moros sienten gran pánico al verse atacados desde el aire y más aún al comprender que son continuamente observados, que sus menores movimientos son descubiertos y que gracias a esto les es imposible el sistema de lucha de emboscadas, que es el predilecto de ellos y al cual han debido siempre sus éxitos al combatir con nuestros valientes soldados.

Aun no habiendo combates, los aviadores lanzan a veces bombas ya sea para castigar a alguna cabila que intentó una agresión, ya para dispersar un campamento de rebeldes.

Los cabileños que todavía no han sido sometidos suelen disparar contra los aeroplanos que vuelan sobre sus campos, pero raras veces hacen blanco en las alas de los aparatos.

El Fauno sorprendido

Creí percibir el aroma embriagador de una Ninfa

PERFUMERIA GAL MADRID

JABON HENO DE PRAVIA

Ehrmann.



La guerra europea. - La princesa Cecilia (x), esposa del príncipe heredero de Alemania, sirviendo el desayuno a 150 soldados alemanes heridos, en el castillo de Allenstein Prusia Oriental. (De fotografía.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

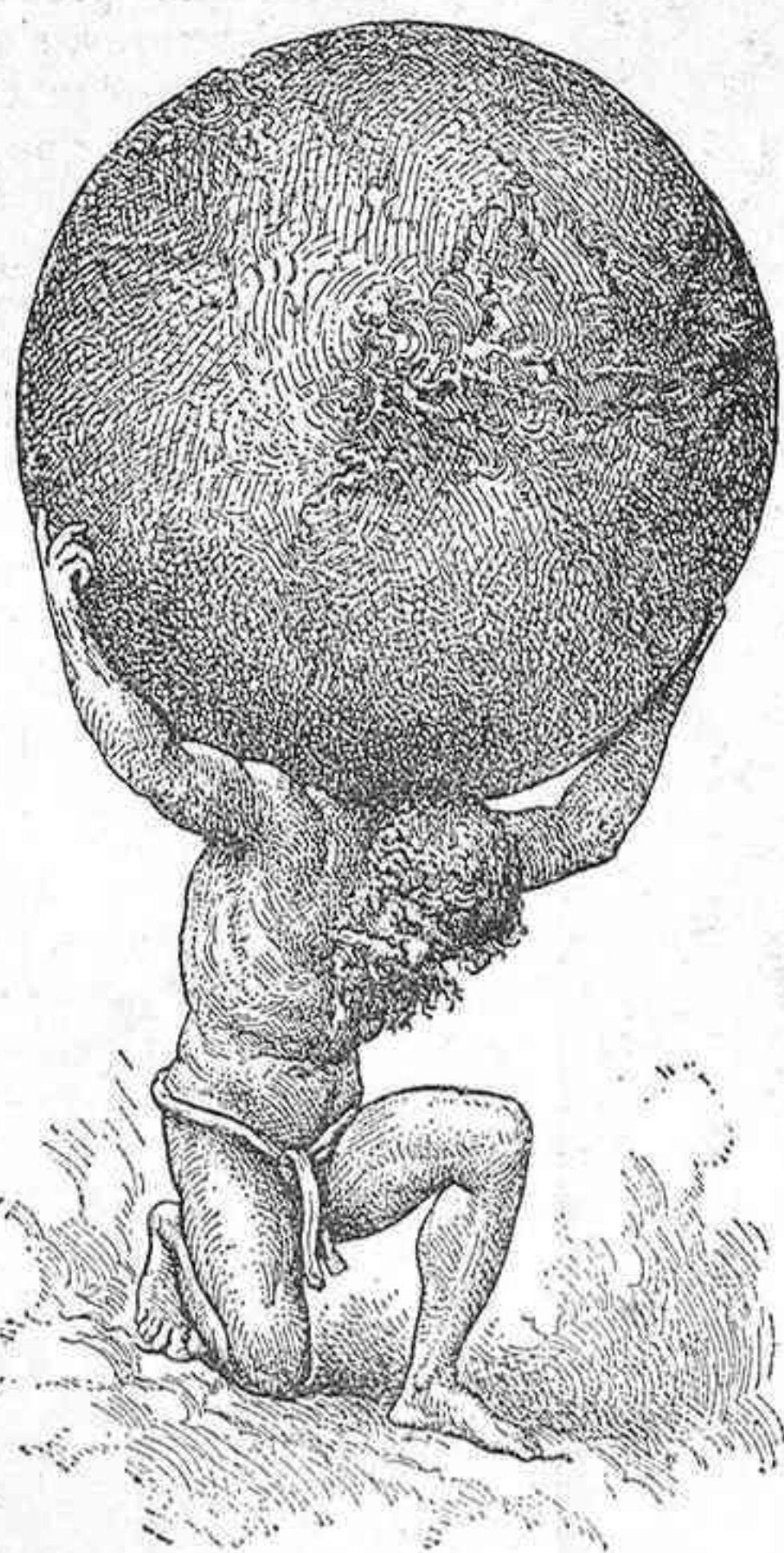
POR AUTORES O EDITORES

MI OCHAVO A ESPADAS. COMENTARIOS AL PRÓLOGO DE LA SEGUNDA PARTE DE «EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA», por *Vicente Díez de Tejada*. - Nuestro distinguido colaborador Sr. Díez de Tejada ha publicado un notabilísimo estudio de investigación y crítica acerca del verdadero autor de la segunda parte del *Quijote* que apareció en 1614 y cuyo autor se ocultó bajo el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda. De este estudio resulta confirmada la opinión de Menéndez y Pelayo de que la tal obra no es de fray Aliaga ni de fray Blanco de Paz, sino de Alonso Lamberto.

El trabajo del Sr. Díez de Tejada está admirablemente escrito y en él, con la más fina sátira, se fustiga duramente al que con tan poca fortuna y llevado por la envidia plagió la obra inmortal de Cervantes. Un folleto de 22 páginas impreso en la imprenta de Tatjé y Rossell, de Arenys de Mar.

OBRAS COMPLETAS de *D. Juan Valera*. - Hemos recibido los tomos 37 a 40 de esta importante colección que con tanto éxito se publica en Madrid. Contienen varios estudios críticos sobre historia y política, escritos desde 1859 hasta 1903 y no hay que decir el interés que todos ellos revisten, así bajo el concepto doctrinal como desde el punto de vista literario. En el primero de los citados volúmenes hay, entre otros, los siguientes artículos: *Literatura árabe, De la revolución en*

Italia, España y Portugal, Sobre los discursos leídos en la Real Academia Española por los Sres. D. Luis González Bravo y D. Cándido Nocedal, y Sobre el concepto que hoy se forma en España; en el segundo: *La revolución y la libertad religiosa en España, e Historia de la civilización ibérica*; en el tercero: *La Atlántida, Los Estados Unidos contra España, Las alianzas, Quejas de los rebeldes de Cuba, Fe en la patria, El país de la castañeta, La paz desatada, La mediación de los Estados Unidos y Letras y armas*; y en el cuarto: *Los jesuitas de puertas adentro, Opiniones y juicios acerca de Cánovas, La conferencia de la paz y los Discursos leídos en los Juegos Florales de Segovia el 21 de septiembre de 1902 y en los de Córdoba el 29 de mayo de 1903*. Estos tomos, impresos en Madrid en la Imprenta Alemana, se venden a tres pesetas cada uno.



NUEVA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

LOS PAISES Y LAS RAZAS

OBRA PRESENTADA EN FORMA ENTERAMENTE NUEVA, COMPUESTA POR EMINENTES ESPECIALISTAS DE EUROPA Y AMÉRICA CON ARREGLO A LOS MÁS RECIENTES TRABAJOS E INVESTIGACIONES DE LA CIENCIA

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La NUEVA GEOGRAFÍA UNIVERSAL se publica por cuadernos semanales de *dos reales*, los cuales constarán de *cuatro grandes pliegos de ocho páginas de texto cada uno*, impresos en papel superior y con numerosos grabados intercalados. Siempre que al cuaderno de reparto se acompañe una lámina suelta impresa en colores, se considerará cada una como un pliego de texto; lo propio que cuando se repartan dos láminas en negro, en el cual caso se acompañarán sólo tres pliegos de texto.

La obra constará de unos *ocho tomos* de regulares dimensiones.

OBSEQUIO IMPORTANTE A NUESTROS SUSCRIPTORES

Durante la publicación de la NUEVA GEOGRAFÍA UNIVERSAL, repartiremos GRATIS a nuestros abonados un ATLAS PORTÁTIL de Justus Perthes, tamaño 18 por 11 centímetros, que contiene 28 mapas, grabados en cobre, con anotaciones geográfico-estadísticas (36 páginas) por H. Wichmann.

Terminada la impresión de los seis primeros tomos de esta notable obra, se venden, ricamente encuadernados, pagados a plazos mensuales.